
CÉSAR AIRA
En El Pensamiento
RANDOM HOUSE

# CÉSAR AIRA

## *En El Pensamiento*



RANDOM HOUSE

Hace poco empecé a ver en la memoria imágenes nuevas, distintas de las que el recuerdo me había venido trayendo desde mi pasado más lejano. Al principio eran figuras discontinuas, no se precisaban y no podía ubicarlas. Se empezaron a fundir unas con otras, a transparentarse unas sobre otras, a borrarse en el momento justo en que estaba por reconocerlas, como si quisieran burlarme, aun cuando era yo mismo el que las proyectaba. ¿Yo había estado ahí? Podían venir de los sueños, no me extrañaría porque ya otra vez me habían engañado. Pero éstas tenían un inconfundible color de realidad, y cuando al fin las reconocí pude entender por qué me habían resultado tan extrañas. Venían de lejos, de mi primera infancia en El Pensamiento. En realidad lo único extraño era que hubieran tardado tanto en llegar. Pero había razones para la demora. Una de ellas fue que hubo un episodio que juré mantener en secreto, y aunque fue un juego de niños, debió de hacer presión sobre el relato general, donde valen lo mismo las veras y las burlas. También, sobre todo, estuvo Pringles, el teatro de mis descubrimientos e invenciones, tan importante en la creación de lo que fui que me hizo decir que allí había pasado toda mi infancia. Era cierto, pero antes estuvo El Pensamiento. ¿Cómo pude olvidarlo durante tanto tiempo? Quizás lo dejé en reserva, para cuando lo hubiera contado todo y faltara lo más importante.

Pudo haber también un desaliento previo, un temor de no poder transmitir el detalle significativo, el que se pierde en la curva de la memoria. Pero a la expresión siempre la está vigilando el desaliento, es preferible seguir adelante sin atenderlo. Voy a dejar que el fantasma que se hizo cargo de mí me tome de la mano y me lleve

adonde estuve en aquel entonces.

Tenía siete años, y era el último año que pasaríamos en El Pensamiento, donde había nacido y de donde no había salido. Por decisión de mi padre, en el verano nos mudaríamos a Pringles. Eso hizo que fuera un año marcado por el presentimiento y, aunque callada, la aprensión. El cambio, de un pueblo chico a una ciudad incipiente, no habría asustado a gente con más experiencia. Para nosotros era portentoso, no era un hecho más sino la suma de todos los hechos posibles en la vida de la familia. Por mi parte, me limitaba a anticipar mi obediencia, la sumisión del niño que sigue aferrado a las polleras de su mamá. Para ella no debía de ser tan fácil, aunque podría disimular sus inquietudes bajo la callada timidez, casi imperturbable, de las mujeres jóvenes de entonces. Nunca había salido de El Pensamiento, lo que sabía de Pringles era lo que oía de los que habían ido, complementado por el recuerdo de los que no habían vuelto y por los trabajos de su imaginación. Éstos seguramente superaban la realidad del Pringles de entonces, un pueblo grande, con unas pocas calles empedradas, envuelto en vientos polvorientos, pero, sí, con comercios, banco, iglesia, autos, todo lo que no había en El Pensamiento, y a ella se le antojaría superfluo, quizás abrumador. Mamá era muy joven entonces, creo que no había cumplido los veinticinco años, una cierta sumisión campesina la embellecía, una niña flor que ya era madre.

Mi padre era mucho mayor, venía de Europa, había conocido países, al llegar levantó de la nada empresas prósperas, compró campos, con el tiempo casó a sus hijas con las familias prominentes del partido y él mismo se volvió el hombre providencial del sur de la provincia, gran empleador y benefactor de la comunidad. Nunca supe por qué había elegido empezar su carrera comercial en El Pensamiento, que era como decir en medio de la nada, cuando podía haberlo hecho en una ciudad, que también se habría rendido a su empuje, y se habría ahorrado un paso. Pero debió de tener su lógica. Era de los que no hacen nada sin un buen motivo. Allí donde comenzó tenía un espacio fabuloso abierto a la aventura. En esas mullidas colinas tuvo las visiones de su futuro, y creo que son ésas las imágenes que recibo del

pasado, invertidas como en una fábula. Algunas parecen dotadas de volumen, quiero estirar el brazo y tocar a los seres delicados que se presentan en líneas y superficies móviles.

Quizás lo estoy haciendo realmente, pues la sombra de mi padre llega hasta mí, y me acomodo a ella, a sus contornos tan precisos. Era un gigante, es decir, un hombre hecho a la medida de un niño. Una vez una adivina me predijo que habría dos hombres que serían importantes para mí, que mi destino se ajustaría a ellos, mi imaginación los pintó como dos siluetas enfrentadas, y el espacio entre ellas formaba una figura amenazante. Quizás eran las dos caras de mi educación, que al invertirlo todo en su ida y vuelta hicieron que resultara tan defectuosa. Como sea, con mi padre no necesito poner en marcha la máquina del recuerdo, porque él es en buena medida lo que soy, en un espejo deformante. Vuelve naturalmente, sin que lo llame, por la forma que tomó mi vida. Ésa es la diferencia con mi madre, que vuelve en imágenes, en una ensoñación cercana a la invención. Me hace dudar si es influencia de mis lecturas, o deseos desplazados, o una premonición del pasado.

Subía a darme el beso de las buenas noches, yo ya debía de haberme dormido, una de las muchachas que servían en casa me acostaba, no creo que fueran mucho más que niñas. Me manipulaba sin contemplaciones, como a los corderitos que mataban para sus cumpleaños. Yo lo encontraba natural, la dejaba hacer, entrecerraba los ojos, la cabeza floja cayendo para un lado y otro. Sólo abría la boca para preguntarle si mamá vendría, y me decía que no, que nunca más iba a venir porque se había muerto, y soltaba la risa, contenta con el efecto que producía. No sé si realmente lo decía, aunque no habría sido imposible, tan salvajes eran las bromas de aquellas chicas, pero quizás yo lo inventaba. En ese entonces se decía que a los niños había que asustarlos, de vez en cuando, en lo posible siempre, enseñarles lo que era el miedo. La oscuridad ayudaba, la dejaban crecer hasta que lo invadía todo, y yo me sentía encoger hasta el tamaño de una piedrita blanca que había visto ese día.

Era mentira: mamá estaba ahí, sentada en el borde de la cama, y la velita todavía estaba encendida. Brillaba dentro de un cilindro de

papel que ella misma había hecho para mí, con el envoltorio de las semillas que papá hacía traer de ultramar. La había hecho para filtrar la luz, decía que la llama castigaba los ojos, aun la llama minúscula de esa vela de juguete que prendía todas las noches en mi mesa de luz y era siempre una distinta. Papá no había visto esa invención, nunca entraba en mi cuarto, de haberlo hecho no la habría permitido, con el argumento muy atendible de que meter una vela encendida en un cartucho de papel era imprudente. Pero nunca hubo un incendio, y ese año todas las noches mamá puso una velita distinta en mi lámpara privada que me protegía la vista.

Nunca encontraba una buena excusa para quedarse un rato más conmigo. No tenía cuentos que contarme, no debía de saber ninguno, y yo no se los pedía porque no sabía que había cuentos. Era tanto lo que ignorábamos en nuestra vida de reclusos del campo ferroviario. Para prolongar un momento más nuestra comunión nocturna me recomendaba que fuera bueno con mis hermanitas. Yo, medio dormido o ya dormido del todo y soñando me preguntaba qué hermanitas, no acertaba a imaginármelas aunque había pasado el día jugando con ellas. Era nuestro encuentro a solas, mamá y yo. Desde la llegada del preceptor estábamos menos tiempo a solas, y ella debía de creer que la educación me estaba volviendo distinto, que había adoptado otra velocidad de crecimiento, pronto sabría más del mundo y me iría, me atrevería a lo desconocido. Quizás era eso lo que buscaba en la palma de mi mano, la leía como una gitana, inclinaba sobre las líneas su cara de niña en la que jugaban las sombras tenues de la velita que se consumía dentro del papel encerado de las semillas. ¿Qué vería en mi futuro? Seguía las líneas con la punta del dedo, lo apoyaba en el centro y decía que ahí había estado la herida de Nuestro Señor, y terminaba besando ese sitio, lo mojaba con sus lágrimas, yo sentía que se abría la herida, que era el camino del sueño.

Yo tampoco había salido de El Pensamiento, en realidad casi nadie lo hacía, salvo mi padre. Él sí, se iba en su gran Packard negro rugiendo y levantando polvaredas nunca vistas. Era el único auto en el pueblo, y no había muchos que se atrevieran a subir. Lo hacían con temblor los hombres que papá contrataba y llevaba o traía, en su red

creciente de fondas y almacenes. Empezó a ir cada vez con más frecuencia a Pringles, preparando la gran mudanza. Mamá nunca se había atrevido a subir y sentarse en los asientos de cuero oloroso, y sé que se habría opuesto con firmeza a que mis hermanas lo hicieran. En cuanto a mí, temía que tarde o temprano sería inevitable que obedeciera una orden de papá de acompañarlo. De cualquier modo, todos tendríamos que hacerlo cuando llegara la hora de irnos a Pringles, pero eso sería el año siguiente y parecía faltar una eternidad. Todo un invierno nos separaba de ese momento.

Papá se movía en otra dimensión. Mejor dicho (y esto lo advierto ahora repasando las imágenes que quedaron), la dimensión gigantesca de papá volvía estampas legendarias la vida que llevábamos los demás, como si la realidad fuera sólo para él y a nosotros nos quedara el terreno de los cuentos que no sabíamos que existían.

De esa segunda realidad mamá era el rostro visible, el emblema de una vida sin cambios. Sus padres, mis abuelos, vivían al lado; todos vivíamos unos al lado de los otros, todo era contiguo en las dos hileras en arco de casas a ambos lados de las vías, apenas si entre las casas se intercalaban las arboledas. Mamá era la del medio de tres hermanas. La mayor estaba casada y tenía dos hijos, mis primos, algo mayores que yo; también eran vecinos, no podían no serlo. La hermana soltera, una adolescente, vivía con los padres. Ésa era toda la familia, pero la relación entre parientes y entre vecinos era más o menos la misma, allí todos se conocían desde siempre, no había nuevos. A nadie se le habría ocurrido irse a vivir a El Pensamiento si no había nacido en él. Eso fue lo que hizo más extraña la aparición de papá.

A poco de llegar, lo sé por cuentos, ya era dueño de la panadería, que amplió en almacén, en fonda, y en dos o tres años había sumado un taller de ruedas de carros y un hospedaje, arrendaba un campo, tenía empleados, y pidió la mano de mamá. Seguramente mis abuelos habían tenido dudas sobre la decisión de entregar su hija, casi una niña entonces, al inmigrante. Habrán tenido que rendirse a su empuje arrollador. Nada se le resistía. En los diez años que pasó en El Pensamiento antes de mudarnos a Pringles no dejó de expandirse. No sabían si admirarlo o temerle. El gran auto negro, el único que

surcaba los dos arcos que eran las calles y se perdía por el camino envuelto en una nube de polvo, era un símbolo de poder, también de misterio.

En la mesa, cuando sus ocupaciones y traslados le permitían comer con nosotros, papá contaba cómo era Pringles, lo tenía bien estudiado, no se le escapaba nada, nos hacía una descripción de las tiendas, la Iglesia con su campanario, el Banco con las columnas en la fachada, la pérgola de la plaza, y la casa que estaba haciendo construir para nosotros, que sería la más grande del pueblo, pegada al almacén de ramos generales que ocuparía toda una manzana y en el que centraría sus negocios, con oficinas, depósitos, sótanos, un corralón en el que acomodaría los camiones que estaba comprando, y un vasto salón de ventas con grandes vidrieras a la calle y puertas giratorias. Cuando el preceptor se unió a nuestras comidas, cruzaba referencias con él. No sé los otros, mamá, las tías, si nos acompañaban, las muchachas que servían y oían todo, pero yo me hacía ideas visionarias, las armaba a partir de lo poco que conocía, y si de verdad estábamos despidiéndonos demoradamente de El Pensamiento, éste también se volvía estampas, una niebla parpadeante en la que las cosas aparecían y desaparecían.

¿Qué era, al fin de cuentas, El Pensamiento? De todas las estaciones del ferrocarril francés que iba al puerto, era la que tenía el nombre más poético. El nombre, como un color más del cuadro. No más de veinte casas, que hacían dos arcos envolviendo a la estación, y frente a las casas dos calles curvas que se reunían en las puntas y se continuaban en el camino de tierra, de un lado el que iba a Pringles, del otro hacia el sur y el mar, siempre paralelo a las vías, de las que no podía apartarse mucho como si tuviera miedo de perderse. Arriba el cielo, y abajo los horizontes interminables, los campos de invernada hacia el ocaso, las lomas, los montes lejanos plantados en las estancias, los arroyos que se escurrían por debajo de los terraplenes del tren, y el río vecino, el Sauce Grande, que algunos, para mi confusión, llamaban Sauce Chico.

Podría haberlo olvidado. Es una lotería. A veces se atesora lo inservible, y se ha perdido lo que se buscaba. De ese último año que

pasé en El Pensamiento quedaron casi todas las imágenes, estaban ahí esperando que sucediera algo, se proyectaban en el pasado, se imprimían en las nubes fugitivas, en el viento, en el olvido mismo. El olvido, triunfante, levanta sus catedrales a mi alrededor, un bosque de torres de formas extrañas, y esas casas sin puertas ni ventanas a las que estoy acostumbrado. Y, sin embargo, sigo barajando las imágenes de aquel año, las vuelvo a mezclar y vuelven a estar en el orden de siempre.

Creo saber por qué. Hay algunas circunstancias que concurrieron para hacer memorable aquel invierno. Una fue la edad. A los siete años que tuve entonces algo se despierta, hay una transición que se parece a cuando uno está mirando una figura en un libro y baja la mirada para leer el epígrafe. El nombre es un color más de la imagen, y eso debe de pasar con el niño que queda marcado con ese color. Aunque más que la edad debe de haber contribuido al recuerdo el mero hecho de que fue el último año en El Pensamiento, no hubo más recuerdos ya que no volví en mucho tiempo, los últimos quedaron limpios de contaminación.

En tercer lugar, que debería ser el primero, estuvo la llegada del preceptor con la misión de hacerse cargo de mi educación durante ese año, y como nunca más tuve preceptores ni nada que se le pareciera, su presencia es una piedra blanca en la memoria.

Y por supuesto, no hay ni que decirlo, estuvo el misterio de la locomotora, que justamente a la mitad de ese año electrizó a los adormilados moradores del pueblo, les recordó que una desaparición también puede ser una aparición, y de las más notorias.

Contratar y llevar a El Pensamiento un preceptor para mí suena a extravagancia o anacronismo, como si una vez más me hubiera dejado llevar por mis lecturas. Pero esa irrealidad literaria también fue una realidad. De hecho, el advenimiento de ese joven pálido intrascendente fue un agujero que nos permitió ver el mundo más allá de nuestro idilio rural. Además, no podría ser un anacronismo, está demasiado lejos en el tiempo, lejos de mi vida tal como la conozco. Visto así, un preceptor para un chico de una perdida estación bonaerense se vuelve necesario, a posteriori, como un color más en el cuadro. La idea fue de papá, y como tal se insertaba en la trama de ese año.

El invierno anterior yo había hecho el primer grado en la escuelita del pueblo, claro que un primer grado que tenía poco de primer grado oficial. La escuelita tenía una sola aula y una sola maestra. Unos veinte chicos de distintas edades nos sentábamos alrededor de dos mesas, y recibíamos la instrucción que se nos podía dar en condiciones tan precarias. La maestra era una mujer joven, tan joven que algunas madres se habían quejado, desconfiando de su capacidad. En realidad no era tan joven, sólo lo parecía por su aspecto endeble y su apocamiento. Hacía lo que podía, y podía contar con la timidez cerril de sus alumnos, que en general no abrían la boca. Vivía ahí mismo, en la minúscula casa escuela con su viejo pizarrón.

No recuerdo bien cómo fue, pero lo cierto es que aprendí a leer y escribir, probablemente más por una capacidad innata que por los desganados esfuerzos de la maestra. Más que por mi cerebro, el efecto alfabetizador se produjo por el contacto con los otros alumnos, todos más grandes. Yo era el menor, el único ingresante ese año. No fueron

los varones, a cuya mesa me sentaron al principio, sino las chicas, que me llevaron de su lado, donde las veía escribir prolijamente en sus cuadernos, y las oía leer en voz alta del libro de lectura. Con precoz instinto maternal, que no es raro en el campo, me tomaron bajo su protección, le aliviaron el trabajo a la maestra, que las dejaba hacer, jugaban a la maestra conmigo, me prestaban el libro Upa, que me deslumbraba, y debió de ser de tanto admirar sus ilustraciones que aprendí a leer sin que me enseñaran.

Cuando supe que no iría más a la escuelita, sentí esa mezcla característica de alivio y aprensión que deben de sentir todos los que abandonan una institución educativa: prefería tener las tardes libres, aunque fuera para no hacer nada, pero al mismo tiempo sabía que estaba perdiendo algo. Quizás lo que más iba a extrañar, anticipaba, era la caminata diaria entre la casa y la escuela, ida y vuelta, que era la única ocasión en que cruzaba las vías. Para mí era como cruzar a otro país, pues las vidas de los chicos de El Pensamiento transcurrían del lado donde habían nacido. Me consolaba pensando que lo que perdía se debía a lo que ganaba: si no iría más a la escuelita era porque tendría un año más, y entonces me dejarían ir por mi cuenta a todas partes y podría pasar las vías cuantas veces quisiera.

Papá había pensado que un segundo año perdiendo el tiempo en la escuelita no me pondría en condiciones de integrarme con chicos de mi edad en una escuela de Pringles cuando nos hubiéramos mudado. Descartó la sugerencia de que la maestra me diera clases particulares: su formación europea no le permitía concebir siquiera que no fuera una figura masculina la que estuviera a cargo de la educación de un joven. Su experiencia en el país, aunque ya prolongada, no lo había habituado a la idea de las maestras. Encontraba ridícula la institución, y dañina, el modo más seguro de mantener en la ignorancia al pueblo. Tendría que acostumbrarse, o resignarse, a la larga, cuando mis hermanas y yo asistiéramos en Pringles a escuelas en las que todo el personal, docentes y directivos, era exclusivamente femenino. Pero era contradictorio entonces que se preocupara por ponerme a la supuesta altura de esas escuelas cuando ingresara a una de ellas. Si hubiera sido coherente me habría hecho educar con preceptores hasta mi mayoría

de edad, y no sólo aquel año, y sólo con la función ancilar de prepararme para una escuela donde tendría maestras mujeres.

En fin. En los hombres de acción las contradicciones son el pan de cada día, nacen por generación espontánea. Papá era el epítome del hombre de acción, y en este trance lo demostró cumplidamente. Allí donde otros se habrían extraviado en ensoñaciones literarias sobre preceptores e institutrices, él fue a Pringles, preguntó entre sus conocidos por un caballero instruido que estuviera sin trabajo, y encontró un candidato que si no era exactamente lo que buscaba se le parecía bastante, y en su estilo ejecutivo no buscó más y se quedó con él.

Así fue como un día lo vimos desembarcar en El Pensamiento, saliendo del asiento del acompañante del Packard que volvía de Pringles. Lo miramos con cierta incredulidad. Pero ahí estaba. Él habría preferido no estar, aunque después llegó a reconciliarse bastante con la suerte que le había tocado, y hasta conmigo. Como sea, ahí estaba, un muchacho de unos veinte años, traje formal, la corbata plastrón, el sombrero de ala corta, serio, reconcentrado, bastante inescrutable, lo que en ese primer momento se podría haber creído efecto de la situación nueva que estaba viviendo, pero resultó ser su modo de ser permanente.

Mamá se sintió responsable. No es que cuestionara la decisión de su marido, pero arrancar a un joven de su casa y su familia le parecía cruel, sobre todo si el motivo para hacerlo era tan redundante como contribuir a mi educación. Por el solo mérito (no sé qué otro podría haber) de ser el primogénito y el único varón, me tenía por un prodigio de inteligencia, de los que se proporcionan a sí mismos una educación de calidad. Ante el preceptor afloraron en ella, junto con los sentimientos maternales que nunca la abandonaban, simpatías de identificación. Estaban muy cerca en edad, y ella también había experimentado la extracción repentina del hogar paterno. Eso había sido al casarse, y aunque la casa de sus padres, donde había nacido y vivido, estaba a no más de cien metros de la casa que construyó papá, sintió el desgarro. Tanto más lo estaría sintiendo este joven que dejaba no sólo su casa sino su ciudad, y dejaba de ver a su familia por un

año.

La misma mañana del arribo me llevó aparte para decirme que yo era un chico grande, y debía ser el mejor amigo del preceptor, llevarlo a conocer El Pensamiento y su gente, mostrarle lo civilizados que éramos, la clase de humanidad que se criaba en el campo y que él probablemente desconocía. No sé si fue por la cara que debo de haber puesto, o por una reflexión propia, pero se dio cuenta de que me estaba pidiendo demasiado, y dijo que ella se haría cargo, en todo caso le pediría ayuda a sus hermanas. Por lo pronto, se ocuparía de organizar un pícnic al día siguiente, a modo de fiesta de bienvenida.

Para el lugar de los pícnics la elección cantada eran los rincones con sombra del sistema de aguas que rodeaba el poblado. Había de dónde elegir, y ese verano habíamos frecuentado muchos sitios distintos. Sospeché que esta vez iríamos a la gran barranca del Napostá, sitio de lujo con sus sauces, agua caudalosa y trébol fino. La ocasión podía no tomarse en cuenta: era una excusa. No importaba que el joven preceptor hubiera llegado y fuera tan real como se podía serlo, aun así seguía siendo una excusa, como lo eran todas las que se esgrimían para hacer un pícnic o una salida a los lugares a menos que tenía la zona. Y aun sin que se tratara de pícnics o salidas, cualquier cosa que se hiciera fuera de la cruda necesidad debía tener su excusa correspondiente, y así la vida se llenaba de interesantes argumentos. Los que parecían desvíos frívolos o hedonismos lúdicos que no servían a nada práctico servían para proveer el lujo discursivo de una excusa.

La idea del pícnic era la culminación del pícnic. Quiero decir: el pícnic era una cosa mental. Esa noche me acosté envuelto en el presentimiento. La niñera de mis hermanas vino a mi cuarto a arroparme. La había mandado mamá, ocupada en la cocina preparando todo para el día siguiente. ¿Vamos a madrugar?, le pregunté. Y ella, que era una chiquilina de no más de doce o trece años, regordeta y torpe, siempre con déficit de sueño, me respondió malhumorada: ¿Acaso no madrugamos siempre? Se quedó un momento más, mientras yo pensaba que cuanto más madrugáramos más se contraería la noche, endureciéndose hasta ser un diamante negro lleno de estrellas. Me recordó que mis hermanas ya dormían, hacía rato. No se atrevía a tocar mi lamparita de papel encerado, que le volvía rojo el pelo. Yo entrecerraba los ojos, con el gusto supremo

del sueño. De pronto estaba solo, y me llegaban lejanos los ruidos de la cocina, donde debían de estar metiendo en cestos las vituallas. El día había tenido muchas emociones, todas ellas emociones de anticipación. El parpadeo de la velita en su cucurucho rosado creaba un oleaje oscuro en el techo, que se llevaba mi alma. Yo lo tenía por el prólogo de las aventuras, y me entregaba. Quedaba a merced de lo que pudiera pasar.

El arroyo junto al que nos depositaron los sulkys a la mañana siguiente era un afluente de uno u otro de los dos ríos que se disputaban la superficie del campo. El Napostá, profundo, de agua oscura, cubierto en toda su extensión por cúpulas espesas, y el Sauce Grande, majestuoso como un río europeo, tan lento como el otro era rápido, y los dos desprendiéndose en innumerables arroyos juguetones, arroyos para niños, que se entrelazaban en curvas caprichosas, crecidas o bajantes que se regían por el azar, en algunos sitios adelgazándose en cascadas cristalinas, casi como si estuvieran desagotando un tanque australiano. Nadie se había puesto en la tarea de hacer un mapa, o dibujo, de esas fantasías filiformes, ni se las sabían de memoria los que iban a bañarse en los largos veranos. La discontinuidad hacía que nos preguntáramos si éste era el mismo que aquél, en otro sitio, o era uno distinto. Los que se empeñaban en averiguarlo, siguiendo una orilla, terminaban perdiéndose como los niños del cuento que habían dejado las miguitas y se las habían comido los pájaros. O habían empezado en la orilla izquierda y se pronto se veían en la derecha sin saber cómo habían pasado ahí, o se sentaban a descansar, cerraban los ojos un momento (difícil no hacerlo, con tanto arrullo) y cuando los volvían a abrir el agua corría en sentido inverso. Esto último era lo más común: los veían ir, pero volvían, o viceversa, esos arroyos traviesos. La lógica indicaba que el que cambiaba era uno, no la tierra ni el agua, que mantenían su posición, desde siempre geodésica. Era su quietud y permanencia la que burlaba a los buscadores de sus tesoros.

El misterio mayor era el tercer río, el llamado Sauce Chico, que nadie se ponía de acuerdo en si era realmente un río o si era un nombre alternativo del Sauce Grande. O estaba escondido en algún

repliegue de las muchas lomas de El Pensamiento y nadie lo veía, o era el que veían siempre y no sabían que lo estaban viendo, por culpa del nombre. Quizás con todas las cosas pasaba lo mismo.

Yo oía estas especulaciones de boca de los hombres que trabajaban en casa, bañistas recalcitrantes para los que la cuestión tenía su importancia. Papá se reía. Decía que la vida de esos paisanos ignorantes era tan estrecha que no encontraban otra diversión que fabular sobre ríos que jugaban a las escondidas y cambiaban de nombre como las señoras cuando se casaban. Según él, si hubieran podido pensar en algo tan simple como una línea se les habría aclarado el panorama. Lo pensaban todo en términos de volumen, acostumbrados como estaban a sobar la teta de la vaca. Y sin embargo la línea la tenían frente a ellos todo el tiempo: eran las vías del ferrocarril. ¿Cómo era que las atravesaban esos fantásticos cursos de agua? La pregunta no tenía respuesta, y lo festejaba riéndose.

Más allá de la controversia, lo importante era llegar y acomodarse en el mejor lugar, como lo habíamos hecho nosotros. El agua estaba quieta, al fondo de unas terrazas verdes con caminitos que habían hecho las vacas que bajaban a beber. La sombra sobre el suelo tenía el mismo espesor que el agua. El aire susurraba apenas. Parecía como si fuéramos los primeros en llegar, aunque un altarcito al pie del árbol más grande conmemoraba otras presencias. Desengancharon los caballos, las varas de los sulkys se clavaron en la tierra, y las muchachas tendieron los manteles en el pasto. Mis primos no tardaron en desatarse, eran tres varones un poco más grandes que yo, se trenzaban en guerras, persecuciones, buscaban escondites a los gritos, saltaban por encima de las canastas de comida en sus carreras, no daban el ejemplo de moderación que me sentí obligado a dar. Pagado de mi papel de educando, me quedé con los grandes. Mis hermanitas hicieron lo mismo, por cuidar sus primorosos vestidos de colores, obra de hadas costureras que trabajaban de noche y eran ciegas. En el curso de la mañana las maneras cambiarían: mis primos, veleidosos, abandonaron las persecuciones y se quedaron jugando al dominó. Las niñas, pequeños demonios a los que apenas si había detenido el respeto a los encajes, terminaron revolcándose en el suelo. Y yo,

aburrido de portarme demasiado bien, me alejé por los pasadizos de la orilla, sin miedo a perderme en tanto el agua siguiera a mi lado. Había hojas extrañas balanceándose al extremo de sus tallos, flores recónditas de tan chicas, piedras y hormigas. Unos patos cabezones se alejaban de la orilla a mi paso, lanzándome miradas resentidas. Los pájaros trinaban alternando escalas, una chicharra sonó, como si fuera la última. Quizás lo era, porque el verano ya había terminado.

A la hora de comer, que llegó antes de lo esperado, nos organizamos. Ocupamos todo el claro, con los grandes manteles blancos distanciados. En el de los adultos se sentaban en círculo mamá, mis dos tías, mi tío José, el señor Sáenz y el preceptor, al que acribillaban a preguntas sobre Pringles. Los chicos teníamos reservado otro, y las cinco muchachas otro más. El almuerzo fue copioso. La idea que presidía los pícnics era la de unas viandas livianas para mordisquear sentados en el pasto, como algo secundario a la Naturaleza y a la celebración del tiempo libre. En la práctica desbordaba de comida que por ser portátil no se rendía fácilmente al cálculo, y terminábamos comiendo más que en la mesa.

Después hubo siestas cortas y largas, silencios y cuchicheos, caminatas por la orilla, y hasta pesca. El señor Sáenz, que tanta maña se daba para hacer todos los arreglos en la casa, había traído su valijita metálica de pescar, y se pasó horas quejándose de que no había pique. Pero con la red de mango largo que nos prestó los chicos atrapamos tantas mojarritas como quisimos, y se las metíamos en la ropa a las chicas, que chillaban y se reían. Mi tía Elba cantó unas canciones, de las que siempre le pedían, con su voz aniñada. A la tarde se sumaron unos mozos que vinieron a caballo, novios o pretendientes de las muchachas. Y debió de correrse la voz, porque acudió gente de las chacras vecinas, a mirarnos desde la otra orilla.

En el centro de la escena estaba el preceptor, tieso como un tótem. Era su primer día, y debía de estar pensando que en El Pensamiento los pícnics eran eternos. Ni siquiera había atinado a sacarse el sombrero; lo hizo cuando una de las señoras le sugirió que estaría más cómodo sin él, y entonces se lo sacó, pero no supo dónde ponerlo. El sombrero era apenas uno de los elementos fuera de lugar en su

indumentaria. De todos modos, los detalles particulares se perdían en el marco general de estar fuera de lugar. Tardaría unas semanas todavía en asumir esta condición de desplazado y sacarle provecho, aprender a gozar de los privilegios de un preso en libertad. Por lo pronto, le bastaba con causar buena impresión, y eso era fácil. Como les escuché decir a mamá y a las muchachas de casa al día siguiente, cuando hicieran la evaluación de la gran salida al arroyo: era un joven educado. De eso no había dudas. Hablaba sólo cuando le dirigían la palabra, como los fantasmas.

Cuando el señor Sáenz y mi tío salieron a buscar remansos, las muchachas se ocupaban de sus festejantes, mis primos volvían a treparse a los árboles y las tres hermanas quisieron hablar a solas, mamá me mandó llevar al preceptor adonde estaban pastando los caballos y le dijera cómo se llamaba cada uno. Quería hacerme lucir; yo había aprendido los nombres de todos los caballos que teníamos, nombres fantásticos provenientes del sentido del humor de los paisanos de la cuadra, Mandrágoro, Fosforeno… Se los recité con mis mejores modales de sabihondo; no se rió, seguramente porque no creyó que era en broma. Novato de lo rural, no sólo no entendía los sobreentendidos sino que además se puso el sombrero, y me tomó de la mano; nadie lo hacía conmigo, no se usaba como con los niños urbanos cuando cruzan la calle. Pero me gustó, fue como sellar un pacto campo-ciudad. Fue nuestra primera clase. Le dije que una mosca se le había parado en el hombro. La apartó de un manotazo. La habría espantado yo si hubiera alcanzado. Era bastante alto.

La tarde se acercó, como si ella también quisiera participar del recuerdo del día encantado. Hubo un minuto preciso en que las ranas empezaron a cantar. La luz cambió, sin dejar de ser la misma. Se oyó un silbo solitario. Siempre producía cierta inquietud dar por terminado un día, nadie garantizaba que pudiera haber otro. Tanto más si era un día de pícnic, que tenía tanto de único. Cuando mi tía Elba conminaba a los indios que eran sus hijos de bajar de los árboles donde se resistían a la partida, el argumento que usaba era «Volveremos». Nadie lo creía, ni ella, porque aun volviendo sería distinto. Veíamos en transparencia sobre su mentira la escena del

invierno, el agua congelada, los patinadores.

En el silencio que se había hecho oímos pasar el tren, símbolo de lo transitorio. Mientras esperábamos que engancharan las carriolas, sentíamos el latido del lugar, su vacío.

Papá no nos había acompañado. Rara vez lo hacía, a pesar de que había sido el que importó la moda del pícnic. Sus ocupaciones se lo impedían. Los empleados del escritorio, cuando le pidieron la tarde libre para acompañarnos, recibieron una severa negativa: tenían que trabajar. Entonces ¿los que fuimos no teníamos que trabajar? Así era. No trabajábamos, y no lo sabíamos.

Con el paso de los días se fue adaptando a su entorno modificado. No habría sobrevivido de otro modo. Los adultos de la casa, atentos a este proceso, se retrajeron para darle todo el tiempo que necesitara (que, como diré después, no fue mucho). Yo, lejos de retraerme, me pegué a él aprovechando que él se había pegado a mí para justificar su presencia. La contigüidad me volvió testigo privilegiado. Me produjo una rara fascinación: era la primera vez que veía una adaptación, y la viví vicariamente. No quería perderme detalle, sobre todo porque el proceso estaba hecho nada más que de detalles. La adaptación era básicamente un entrenamiento de la percepción, para que anulara de a uno a uno los sustos y sobresaltos de lo nuevo. Era un trabajo de todo el día y de cada momento. Se levantaba a la mañana y se asomaba a la ventana y veía vacas, lo que para él era como ver elefantes; en su cuarto de la ciudad por la ventana veía autos, es decir, no los veía de tan acostumbrado a verlos. La adaptación empezaba a segregar sus ácidos y las vacas se le hacían cada día un poco menos notables, hasta volverse invisibles. Conmigo, las vacas habían tenido la condescendencia de desaparecer desde mi primera edad, pero por solidaridad con el preceptor ahora veía cómo sucedía el fenómeno, y me maravillaba, era un prodigio que nunca habría esperado ver, es decir, no ver. Las vacas eran realmente lo de menos. Los muebles de la casa, tan aburridos, se volvían apasionantes saltimbanquis de la presencia y la ausencia. Un jarrón, que sólo se habría hecho notar cayéndose y rompiéndose en mil pedazos, de pronto estaba ahí, y con un lento y demorado clic se esfumaba, y se llevaba con él la mesita en la que se posaba, y la alfombra, y el piso y las paredes y la casa misma, el espacio, lo lleno y lo vacío. El tiempo no salía indemne, ya

que este tiempo del campo, de ángulos más abiertos, hecho de gallos y cielos, era diferente del tiempo de la ciudad y lo sentía agudamente, para poder dejar de sentirlo. Qué festival memorable fue para mí.

Sobre todo para mí. Él había tenido que hacerlo, se adaptaba, era parte del trabajo de la vida, y como tal lo hizo aceptablemente bien. Yo, en cambio, lo hacía porque sí, por arte, como habría de hacer tantas cosas en el futuro. Experimentaba, como todos los niños, con la negación de la negación: la irrealidad de la irrealidad resultaba en la realidad.

Mientras tanto, nos acomodábamos uno al otro. Trató de disimularlo, pero sé que se sorprendió de que a los siete años, en esas soledades rústicas, yo supiera leer y escribir, y hacer sumas y restas. Para decir la verdad, yo también me sorprendí. No sabía que sabía tanto. La sorpresa cedió a un conato de perplejidad. Debía de haber venido con el proyecto de enseñarme el abecé, y al ver que ese paso ya estaba dado se quedaba sin argumento. Como fuimos sabiendo con el paso de los días, no tenía ninguna formación ni experiencia docente. Era uno de esos jóvenes perfectamente inútiles, que encuentran tarde su ocupación en la vida. Hijo de un almacenero asociado a papá en una cerealera, había terminado el colegio en el Nacional de Pringles y a partir de ahí se quedó varado. Cuando el padre vio la ocasión de hacerlo trabajar, no dudó. Había lamentado el error cometido (por persuasión de su esposa) de pagar para que el chico no hiciera la conscripción. Este exilio campestre no tenía rigores militares, pero al menos lo sacaba de las polleras de la madre y quizás la vida de campo podía darle una perspectiva menos frívola de la existencia. A estas razones paternas le debía tenerlo a mi lado.

Pasado el primer pánico por no saber qué podría enseñarme, vino la relajación de comprender que no tenía que enseñarme nada. Era lo mejor que podía pasarle. Se sacaba un peso de encima. Creo no equivocarme al sospechar que era de los que piensan que la adquisición de la lectoescritura es un requisito burocrático sin ninguna utilidad práctica. Nunca lo vi cerca de un libro, ni siquiera de un ejemplar de *El Orden*, el diario de Pringles que a veces traía papá y quedaba abandonado sobre un aparador, arrugándose y

ennegreciéndose como una hoja de pámpano hasta tomar la forma de un ratón muerto. Sin embargo, su conducta se ajustaba a muy precisos antecedentes letrados. En las novelas del Romanticismo casi siempre había una joven pobre obligada a vivir en una casa ajena, lejos de su familia, a veces en otro país, trabajando como institutriz. El varón trabajando de preceptor era más raro, seguramente porque daba menos posibilidades argumentales, pero también abundaba. En ese molde había caído mi preceptor, que no sabía de la existencia de esas novelas, no vivía en la Europa del Romanticismo y ni siquiera era un joven pobre, ya que su padre era un próspero comerciante. Pero no había nada de qué sorprenderse. Después de todo, la literatura se basa en la realidad, y es natural que la realidad a veces devuelva su reflejo a la literatura. Hay que tener en cuenta que en la época del Romanticismo cuando se escribían las novelas también había jóvenes en la realidad trabajando de preceptores, como fue el caso, entre otros, de Hölderlin.

Como sea, se dio la estampa, que habría podido ilustrar una página de la novela, del preceptor y su alumno adentrándose de la mano por los caminos de la Naturaleza. No es una figura retórica, sino que lo hicimos realmente. Aprovechando el clima todavía benigno, me sacaba a caminar a la tarde, después de la somera lección que consistía poco más que en hacerme leer algo de uno de los pesados tomos del Tesoro de la Juventud y copiar algún dibujo.

No hubo objeciones a las salidas, salvo que la primera vez mamá nos acompañó hasta la puerta y le recomendó prudencia al cruzar las vías. Él se limitó a afirmar con la cabeza, pero cuando nos hubimos alejado soltó unos farfullos de protesta: cruzar las vías era la parte más segura del paseo, ya que el único peligro ahí era ser atropellado por una locomotora, ¿y había algo menos invisible e inaudible que una locomotora en marcha? Más lo preocupaban los perros sueltos. En ese punto lo tranquilicé: los perros de El Pensamiento, le dije, no mordían. Sonrió, quizás más por el modo en que lo dije que por lo que significaba, pero debió de creer mi palabra.

Como todos los chicos, yo era muy salidor. Así que me venían bien estos paseos. Es cierto que en un pueblo de veinte casas alrededor de

una estación había poco para ver, sobre todo si estaba rodeado de chacras plantadas con trigo o girasol, o pobladas con ovejas todas iguales entre sí. Pero, precisamente, por ser poco se ofrecía con más ahínco a la observación, no la saturaba como lo haría un espectáculo más frondoso, se abría para mostrarnos cómo era por dentro y cuántas partes tenía.

Los primeros días el preceptor estuvo presente todo el tiempo, pero eso fue sólo hasta que descubrió que podía desaparecer sin que nadie le dijera nada. Cuando decidía que ya había hecho lo suficiente por mí se encerraba en su cuarto. La curiosidad me hizo asomar más de una vez al agujero de la cerradura, pero no vi nada. Cuando le pregunté, me dijo que escribía cartas. Con toda mi credulidad infantil, dudé. No era del tipo de los que escriben, más bien de los que duermen siestas y escuchan la radio por onda corta. Aunque había un fuerte argumento a favor de las cartas, y era el soberbio escritorio de nogal que papá había hecho instalar en su cuarto. Era tal mi respeto y admiración por los bellos muebles que no concebía que se los dejara sin uso.

La cuestión quedó en suspenso hasta que la reanimó una pregunta mía. Fue más que nada por charlar. Yo estaba entrando en confianza, y me gustaba oírlo hablar, me imaginaba que su acento era citadino, elegante, lejano. La lejanía siempre estaba presente en mis ideas, era algo así como un detalle que saltaba de una figura a otra y se escondía, a veces cabeza abajo o invertido, en las ramificaciones del dibujo. Lo que le pregunté fue si sus padres sabían dónde estaba y cómo estaba pasando sus días. Era una pregunta rara, al menos para hacérsela a un adulto, pero me la contestó con naturalidad, quizás porque no era del todo un adulto todavía: sus progenitores sabían exactamente dónde estaba, el padre porque era el responsable de entregarlo, nuevo Isaac, a mi padre; y su madre… por las cartas. Paré la oreja. ¿Sería cierto entonces el cuento de las cartas?

Me dio más información sin que se la pidiera. Al despedirse la madre le había pedido que le escribiera. Un pedido trivial, que se hacía en toda despedida y no significaba gran cosa. Él se lo prometió. Pero como albergaba un conato de resentimiento por haber sido entregado a una familia extraña, como huérfano expósito sin atender a

su edad de veinte años, se prometió no escribir. Cuando hubo reflexionado, empero, la promesa le pareció imprudente: sin noticias de él sus padres se alarmarían, harían preguntas y terminarían avergonzándolo. Así que decidió escribir, pero en el otro extremo, que representaba su inquina tanto o más que el silencio: les escribiría contando cada hora y cada minuto que pasara en El Pensamiento, sin omitir nada, ni un bostezo ni un estornudo, cada paso que diera o la flexión de un dedo al rascarse el mentón, o cada gota de lluvia que cayera sobre el techo. Los abrumaría a relato, me decía con una sonrisa vengativa.

Eso explicaba sus largas sesiones a puertas cerradas en su cuarto. Yo estaba con la boca abierta. Me imaginaba esas cartas detalladísimas que lo contenían todo, la acumulación innumerable de cosas y hechos que componían los días contraída en una hoja de papel. Era como la formación del diamante, según él mismo me había contado, comprimiendo carbón a una enorme presión hasta formar el más bello y puro cristal de mil millones de facetas en las que se reflejara cada una de las cosas del universo. Se burlaba de mi ingenuidad, pero al mismo tiempo me daba una lección sobre el poder de la letra escrita.

Yo ya no debía de ser tan ingenuo, porque tuve una duda: ¿no consumía demasiado tiempo, una escritura tan abarcadora? Si relataba todo lo que se vivía, debía insumir tanto tiempo como vivirlo, y entonces no dejaba tiempo para vivir.

A cualquier otro una objeción semejante lo habría dejado mudo, pero mi preceptor, que tan apocado se mostraba con los adultos de la casa, conmigo usaba las razones más fantásticas, y así fue en esta ocasión. No, no era necesario escribir literalmente todo. Se usaba, dijo, la sugerencia, la alusión, y a partir de ella el poder de deducción. No había que decirlo todo, lo que, por otra parte, era el modo más seguro de aburrir, bastaban unas pocas palabras bien escogidas, y de ellas irradiaba todo. Muy pocas palabras, cuantas menos mejor, la alusión era más fuerte. La palabra «rana», por ejemplo, hacía que se reflejaran en los círculos del agua del estanque en el que se zambullía los árboles con cada una de sus millones de hojas, y las nubes con sus millones de formas cambiantes, y las penas de los amantes separados y

el cielo estrellado en pleno día cruzado por los patos fugitivos, todo con una sola palabrita de dos sílabas y una sola vocal repetida.

A partir de estas conversaciones, que resumí en una sola aunque fueron muchas a lo largo de varios días, me hice una idea peculiar de la escritura, una concepción doble o bicorne, por un lado de una infinita proliferación, por otro de una reducción que hacía desaparecer casi todo para dejar apenas una palabra, o su sombra o el hueco que dejaba. Me pareció que era lo que convenía naturalmente a las necesidades de la escritura, ya que a veces había mucho que decir, a veces poco.

Para suplir las necesidades prácticas de la escritura había un ángel, que llenaba los tinteros. Era real, y yo no dudaba de que lo fuera, a pesar de las burlas de las muchachas, de otro modo los tinteros no habrían estado siempre provistos de tinta, que bien sabía cómo se gastaba, y si no se gastaba se evaporaba. Y la tinta misma estaba diciendo quién la había puesto ahí, la tinta más azul y más brillante y más hermosa traída directa del cielo donde nacía ese azul. El ángel hacía el reparto muy temprano a la mañana, antes de que nadie se despertara, por eso algunos lo confundían con un gallo. No lo hacía para que no lo vieran, sino para desplazarse por toda la casa, todavía en silencio y vacía, sin molestar ni ser molestado. Sobre todo que no lo distrajeran ni se interpusieran, ya que el llenado debía hacerse con la mayor precisión, él volando al nivel del techo (y los techos en la casa estaban muy altos) y desde ahí inclinando la jarra dejaba caer el fino chorro de tinta directo a la boca del tintero, sin derramar una gota. Me habría gustado verlo, así fuera una sola vez, habría dado cualquier cosa por verlo pero llegaba tarde. Lo encontraba injusto, que los que no creían en él podían verlo porque se levantaban temprano, y yo, que no sólo creía sino que lo consideraba el ser más importante de la casa, después de papá, no lo vería nunca porque era el último en despertarme. Era una fatalidad, mi sueño, me hundía como en un pozo sin fondo, y salía el último. Una sola vez, quién sabe por qué, me desperté antes del amanecer, y vi mi oportunidad. Salté de la cama y corrí escaleras abajo, descalzo y en camisón, la vista fija en los techos, seguro de que esta vez no se me escaparía. Falto de aliento,

desorbitado, unas risas me hicieron mirar a mi alrededor, y vi que la casa estaba en movimiento, todos levantados trabajando y riéndose de mí, el dormilón despierto. Hasta el preceptor andaba por ahí, husmeando entre las plantas de interior, y dirigió un gesto de reprobación a mis pies sin zapatos. Por suerte, yo no tenía temor al ridículo. Así fue todas las mañanas. A falta de haber visto al ángel completo me conformé con ver, una sola vez y por un segundo, la punta de una de sus alas escurriéndose por el ventiluz altísimo de la galería.

Que no se lo viera no le quitaba nada de su belleza y eficacia. Lo hacía todo en un instante, como un viento que corriera por la casa. Yo me hacía la ilusión de que tenía una preferencia por mí y el tintero de mi pupitre era el que llenaba antes, con las primicias del azul. Pero también pensaba que más razonable sería que empezara por las oficinas de los empleados en la planta baja. Ahí, en cada escritorio, había un objeto que me fascinaba, un secante de escritorio, que era un cilindro cortado por la mitad, la parte curva forrada con un papel blanco grueso y poroso, papel secante precisamente, y en la parte superior recta forrada en cuero verde una perilla. Después de escribir, los empleados lo aplicaban a la página balanceándolo con un experto movimiento que yo encontraba muy elegante y me hacía querer ser grande para hacer como ellos. Sobre todo porque había visto que en el secante, después de esa operación, quedaba impresa una escritura extraña, indescifrable, que se me antojaba que era el idioma que hablaba el ángel.

Y entonces sí, cumplida su misión, se lanzaba con un estrépito de seda por el hueco de la escalera, a llenar mi tintero y el del preceptor, que era de cristal negro. Yo me asomaba a él con frecuencia, a mirar la superficie de ese líquido mágico que cuando estaba quieto era como un metal, y cuando lo pinchaba la punta de la pluma cucharita se estriaba en figuras hermosas y cambiantes.

El tintero de papá era el más sediento, la cantidad de tinta que consumía en su trabajo era enorme, las listas de números de sus muchos negocios, los pedidos de mercadería detallando el peso y la calidad, las facturas, los remitos para los vagones, ríos de tinta que

corrían cada día, hasta que se iba, oíamos el motor del auto, imperioso, en ese momento se callaban todos los pájaros de la arboleda, después se alejaba y la casa quedaba en silencio un largo rato.

Papá me había traído de Pringles un cuaderno de muchas hojas, calculando que yo tendría muchísimo que escribir, siempre en sus proyectos de abundancia para la familia. Me entusiasmó al verlo, pero el papel se reveló malo para la tinta, demasiado absorbente, bastaba apoyar la punta de la pluma para que la tinta se expandiera en todas direcciones como una margarita de las que llamábamos «culo de perro», o más bien una estrella. Era interesante, hacer un punto que se transformaba por sí solo en una estrella, y confieso que abusé del juego. Lo cierto es que para escribir era horrible de desprolijo. Probé de cargar poco la pluma, escurriéndola en el borde del tintero, pero el resultado era el mismo.

La única solución era terminar el cuaderno, llenarlo todo, y empezar otro rezando para que tuviera mejor papel. Pero ¿cuándo llegaría ese día? Tenía demasiadas hojas, doscientas por lo menos (las conté, llegué a cien y no había llegado a la mitad) y en la semana que llevaba usándolo apenas si había llenado media página, con una escritura y unos números ilegibles de tan borroneados. Me llevaría años, miles de años me decía en mi exagerado pesimismo, terminarlo, por lo menos toda mi vida útil de escolar.

Una pálida luz de esperanza surgió cuando di vuelta esa primera página, por curiosidad, no porque la hubiera llenado ni mucho menos, y vi que la tinta había atravesado el papel, cubriendo el reverso. Tan imposible sería escribir ahí que no me sería difícil convencer al preceptor de la conveniencia de usar sólo el anverso de las hojas. Con eso el tiempo para terminar el cuaderno se reducía a la mitad, y sentí un mundo de alivio.

La educación me absorbió, llenó mis días y mi sueño, más que nada por la novedad. El año anterior, en la escuelita, la sensación se había diluido entre los demás alumnos que me rodeaban, y que por ser mayores me parecían más alumnos que yo; ahora asumía plenamente la condición, era alumno a tiempo completo, el hada Pedagogía nos cubrió al preceptor y a mí con su falda de pliegues innumerables que se parecía a la carpa de un circo. Claro que no duró mucho. Ya se sabe que los intereses en la infancia, por más que estén, como suelen estarlo, propulsados por la más intensa pasión, son pasajeros y no tardan en ser remplazados por otros no menos apasionados. Debe ser así, deben pasar, para dejar algo. Lo permanente, como la obsesión o el miedo, que también conocí, no me dejaron nada porque siguen conmigo.

Mientras duró, el proceso de la enseñanza estuvo lleno de pequeñas aventuras memorables, que sucedían entre la luz y la sombra, y detrás de ellas ensoñaciones de color. Cierro los ojos y vuelvo a ver la caja de lata con los veinticuatro lápices de colores, ordenados de oscuro a claro, con el sacapuntas encima como la Reina que los manda a decapitar uno tras otro, en orden y lentamente, el sacapuntas de bronce, brillante como el oro de tanto sobarlo.

Era malo dibujando pero me gustaba hacerlo. Los tomos del Tesoro de la Juventud me ofrecían modelos a copiar. Casi siempre la copia no se parecía en nada al modelo, en realidad no se parecía a nada, sobre todo porque después de un comienzo prolijo y concienzudo me dejaba llevar por las líneas y los colores, me olvidaba de lo que estaba copiando y seguía con el dibujo en tanto dibujo y nada más. Los grabados de esa anticuada enciclopedia infantil no eran los más aptos

para que los copiara un niño aprendiendo a dibujar, por complicados y manieristas. Además, yo tenía la compulsión de usar todos y cada uno de los veinticuatro lápices, vinieran o no a cuento sus colores.

El preceptor me dejaba hacer, aburrido, a veces con una chispa de interés cuando mis terribles improvisaciones se parecían vagamente a algo, que de todos modos tenía que adivinar. Un rasgo de mi excéntrica conducta debió intrigarlo: que más que los veintitrés colores que contenía mi caja de lápices usaba el número veinticuatro, que era el negro. Tanto es así que con el lápiz negro había usado tanto el sacapuntas que había quedado de pocos centímetros. Nunca supe de dónde había sacado el nombre, y por qué se lo habían dado, pero a ese lápiz negro se lo llamaba Negro Té. El preceptor debió de sospechar algo a partir de una preferencia tan poco natural, porque me sugirió que hiciera un dibujo de memoria, no copiándolo del libro. Debía de querer ver qué había en mi cabecita.

Me puse a la tarea como si hubiera oído el llamado de la vocación. Usé sólo el Negro Té, quizás porque sentí que algo que saliera de mí, fruto de mi imaginación o recuerdo, no debía mancharse con los colores del mundo. No puede decirse que trazara líneas o llenara planos, ni siquiera podría haberse dicho que dibujaba: frotaba con furor la mina del Negro Té contra el papel blanco, en todas direcciones. Si no había modelo, todo me estaba permitido. Lo previsible habría sido que resultara una mancha informe, y así fue, pero mirando con atención se veía aparecer, en todos sus detalles, la silueta de una locomotora. No era un milagro ni un truco. Viviendo en un régimen ferroviario, en el que había nacido, no tenía nada de extraño que esa figura y no otra saliera naturalmente de los movimientos dictados por mi musculatura fina.

El preceptor levantó la hoja y la puso a la luz para estudiarla mejor. La calificó de excelente. Me la devolvió y me dijo que fuera a mostrársela a mamá. Querría ganar puntos como instructor de dibujo, aun cuando no había tenido injerencia alguna en éste. Fui corriendo, coseché elogios, y volví. Me dijo que lo que yo había hecho se llamaba Jeroglífico, y era una forma primitiva de escritura que habían inventado los antiguos egipcios para que los muertos pudieran

comunicarse entre ellos.

Pregunté si podía hacer otro.

Miró compasivo el ya minúsculo Negro Té, sobre el que yo estaba haciendo girar con energía el sacapuntas, y me dijo que lo dejáramos por el día. No convenía abusar de los jeroglíficos, porque tenían tendencia a confundirse. Uno por día estaba bien. Y no debía preocuparme por la práctica, porque el aprendizaje se hacía solo: todo hombre a la larga llegaba a dominar la técnica del dibujo, sin hacer nada especial para adquirirla salvo vivir el tiempo suficiente, y yo tenía mucho por delante.

En cuanto a la escritura, ya dije que la tenía bastante dominada. Pero lo hacía con cuadradas letras de imprenta, haciendo chirriar la pluma de la lapicera. Esas plumas, llamadas cucharita por su forma comba que se afinaba en una punta muy delgada, se insertaban en un mango de madera y no duraban mucho, con el tratamiento al que yo las sometía. Me hacía un deber de cargar su comba con tinta, girándola con habilidad dentro del tintero. Esa carga nadie más que yo podía hacerla; el preceptor la intentó y no le salía. Yo era muy bueno en algunas habilidades que no sólo eran inútiles sino bastante dañinas, como ésta. La pluma quedaba tan cargada que era inevitable que derramara tinta en cantidad sobre el papel. A esa desprolijidad la compensaba con el cuidado que me tomaba para que todas las letras tuvieran la misma altura, y como no siempre, o mejor dicho casi nunca, me acordaba de dejar un espacio entre palabra y palabra, un renglón escrito por mí parecía un friso cuneiforme de piedra en el muro de un templo babilónico.

El preceptor se entretenía descifrando esos caracteres geométricos, de vez en cuando me hacía una recomendación, pero hubo un momento en que, no sé si por cansancio o por responsabilidad, quiso avanzar en la materia. Me dijo entonces que la verdadera letra de la escritura era la llamada cursiva. Me sentí ligeramente molesto, como se habría sentido cualquiera que hubiera estado practicando una actividad convencido de que ya la tenía en su poder y sólo le faltaba afinarla y perfeccionarla, y se enterase de que había otro modo de hacerlo, más legal. Pero confié, sobre todo al oírle decir que era una

escritura que se podía hacer correr más rápido, poniéndola a la par de la velocidad de las ideas, y además con curvas elegantes siempre variadas. Y eso no era todo. La letra cursiva tenía como característica más importante ser personalizada. Nadie la hacía igual, ni siquiera los mejores falsificadores lograban replicar una letra ajena. Y esto daba pie a una ciencia muy particular, la grafología.

Esta ciencia permitía conocer y reconocer los pliegues más recónditos de la mente y el carácter de una persona mediante el estudio de su escritura. La altura o el tamaño de una letra, sus uniones y desuniones, cada pequeño detalle de los que el escribiente de marras había sembrado al voleo sobre la página era un indicador de su personalidad, de sus inclinaciones, defectos y virtudes. Un grafólogo experimentado, observando con atención unas pocas líneas escritas por un completo desconocido, podía hacer una descripción ajustada de esa persona, descubrir sus secretos y predecirle un futuro (o un pasado) de santo, criminal o marido ejemplar.

Lo que había parecido hasta ahí información gratuita, en la continuación reveló que me concernía. En efecto, salía de esas premisas el hecho de que al que no escribía con letra cursiva no se le podía diagnosticar la clase de personalidad que tenía, sus inclinaciones y aversiones, sus capacidades, sus límites. Sin saberlo era imposible llevar adelante un proceso educativo medianamente efectivo, y sólo se lo podía saber examinando su escritura. De ahí la urgencia de que yo aprendiera la cursiva. Y no sólo la aprendiera sino que la practicara con cierta asiduidad, como para que sus rasgos significativos (o delatores) fueran perfilándose.

Pues bien, estaba dispuesto a ponerme a la tarea. Cuanto antes la empezara mejor, porque preveía que iba para largo. Mientras tanto, mi personalidad era un secreto para todos y para mí también, estaba encerrada en mí y estaba esperando para ver la luz cuando yo pudiera producir líneas ondulantes de escritura fluida y veloz que llenaría cuadernos y cuadernos.

Papá estaba comprando campo todo el tiempo, no se saciaba nunca en su sed de propiedad. Más tarde, cuando pude hacer la historia de aquellos años y de los que los precedieron y prepararon, advertí que esas adquisiciones tenían que haber empezado muy pronto, al comienzo de su carrera comercial. Daba para preguntarse cómo pudo ser esto, tratándose de un inmigrante llegado al país con una mano adelante y otra atrás, desprovisto de todo menos de su voluntad de trabajo. El hecho hoy habría despertado sospechas de alguna clase de maniobra ilegal. Había explicaciones, empero. Una estaba en el volumen de la renta marginal que podía generar un comerciante con iniciativa entre poblaciones que todavía eran virtualmente de frontera. Otra estaba en el plexo histórico. En aquel entonces el crédito era abundante, el crecimiento acelerado del país marcaba el ritmo de la empresa particular. Pero aun con estas explicaciones, y con los asientos contables en los libros de tapas negras que se apilaban en los escritorios de sus empleados, quedaba flotando el prestigio teñido de misterio de ese superhombre que se alzaba sobre el plano mezquino de las vidas de pueblo.

En aquel año de mi infancia papá ya había adquirido toda la extensión inmediatamente al sur de El Pensamiento, tan cerca que el alambrado marcaba el límite de los patios traseros de las casas de ese lado, incluida la nuestra. Desde las ventanas de los pisos altos, al fondo, contemplábamos las serenas colinas que se sucedían en líneas suaves hasta confundirse con las del horizonte. Le preguntaba a mamá si eso era nuestro, y si podíamos hacer lo que quisiéramos ahí. Ella me callaba, pudorosa, habría preferido que de eso no se hablara nunca, y hasta creo que le había ocultado a sus padres que ese campo que veían

desde siempre extenderse atrás del pueblo ya era nuestro. Se alarmaba con esas compras, no decía nada pero la delataba algún comentario al pasar. «¿No será demasiado?». «¿Quién se encargará?». La ampliación del haber le parecía excesiva, cualquiera que fuera le habría parecido igual de excesiva porque chocaba con sus instintos de vida humilde y escondida. Sus padres, que la habían criado así y le daban el ejemplo de ese estilo de vida, le calentaban la cabeza con ideas de pueblo chico y de mentes estrechas: cuantas más propiedades se acumularan, más impuestos habría que pagar, hasta fundirse (y apoyaban el concepto con nombres de vecinos que si se habían fundido había sido por cualquier motivo menos ése). Aun en su apocamiento, mamá no era tonta y la influencia de papá debió de obrar sobre ella, a la larga. La muchacha aniñada que se asomaba conmigo a las ventanas altas de El Pensamiento a mirar con aprensión las lejanas colinas que se volvían progresivamente nuestras, con los años se volvió la matrona que reinaba sobre la sociedad de Pringles desde la terraza de baldosas rojas de la casa de la calle Stegman. Pero en su papel de anfitriona y mecenas nunca perdió el perfil de inocencia adquirido en la infancia.

Yo lo tomaba con más naturalidad, y me jactaba de poder hacer «lo que quisiera» en ese paisaje que era mío. Mamá me preguntaba qué era lo que quería hacer ahí. Construir castillos, estaciones, hacer correr trenes, o hacer un pozo que llegara hasta el centro de la Tierra. Mamá se reía de mis propuestas. ¿Y qué sería entonces de las ovejitas? ¿Se caerían por ese pozo, hasta los fuegos del infierno? Porque, mirando con atención, era cierto, había muchísimas ovejas blancas pastando, quietas como objetos. ¿Se habían metido solas en el campo? No, las había traído papá de las ferias, de sitios lejanos, las habían traído esos hombres de a caballo que las contaban todos los días y volvían a contarlas, seguramente perdiendo la cuenta cada vez. ¿Y estarían siempre ahí? No, en otros años (así se me revelaban los calendarios secretos del campo) habría vacas, novillos, o trigo, lino, sorgo… ¿Por qué, por qué tantos cambios? Porque la tierra nunca estaba ociosa, si no por acción del hombre por la suya, porque era una fábrica de vida y, efectivamente, no descansaba nunca.

De esto tuve repetidas pruebas cuando acompañaba a papá y al

preceptor, que se habían hecho grandes amigos, a cazar perdices, o a contar las ovejas, cosa que papá también hacía, desconfiando de los hombres de a caballo, las contaba desde el Packard. De pronto, con una explosión de enojo, bajaba del auto, metía sin miedo la mano en un agujero y sacaba por la cola un enorme peludo que se debatía furiosamente, lo mataba con el cuchillo que llevaba siempre al cinto en la vaina de cuero amarillo y lo tiraba, «para los caranchos». No era con todos los animales que se mostraba tan agresivo: lo hacía con el peludo, que, no contento con alimentarse de ratones y crías de vizcacha, también mataba a los corderos recién nacidos. Al parecer las madres le temían a ese acorazado de cabeza triangular, y había que tomar medidas.

Vizcachas y cuises también cavaban, agujereaban virtuosamente las faldas de las colinas. Un tero gritando era ocasión para que me enseñaran que su nido estaba en otra parte, era el agrimensor que falsificaba las distancias. ¡Pero qué elegante, con sus patas de exorcismo y su penacho! El grito estridente no servía de nada. Una vez que supe lo que significaba habría querido tranquilizarlo: yo era el último en tener malas intenciones. La liebre, en cambio, era maravillosamente silenciosa. Blanco móvil, caía bajo las balas que interrumpían su carrera. Cuando el recuento de las mil ovejas se prolongaba hasta la puesta del sol, veíamos a las liebres adorándolo, inmóviles, fijas, y había un acuerdo tácito de respetarlas entonces, apuntarles habría sido poco deportivo, propio de un pueblerino tirando al blanco. Yo la asociaba con las del friso de la sala de espera de la estación, la tenía por uno de los emblemas de El Pensamiento.

Semejante por su inmovilidad, el lechuzón de los pajonales, diurno pero dormido en un palo del alambrado. Las avecitas que bailaban a su alrededor parecían burlarse, pero él iba a reírse al final, cuando se comiera los pichones. Papá bajaba del auto a recoger una langosta, la única que había quedado de una manga, y me mostraba sus articulaciones, como las del tatadiós que se nos aparecía, rey del brillo, en las noches de la glorieta. También me daban loros muertos para jugar, pero mamá los tiraba al día siguiente. Se suponía que todo era nuevo para mí. Por si me impresionaba o angustiaba la muerte de

las bestezuelas me explicaban que por cada una que moría nacían dos, nunca se terminarían porque seguirían naciendo, siempre iguales. Yo de algún modo ya lo sabía. Todo lo que correspondía a El Pensamiento seguiría estando siempre, aunque nosotros nos fuéramos, como nos iríamos al año siguiente. Además, todo eso después lo soñaba, y la repetición dentro de mí era lo que quedaba.

La gran batida se hacía con las perdices, en los cuadros en barbecho, papá invitaba a mi tío Alberto y al sordo, además del preceptor, arremetía con el Packard en carreras circulares a toda velocidad, y desde las cuatro ventanillas las escopetas escupían fuego a discreción, en un trueno repetido que producía humo azul y un olor picante a pólvora, mientras afuera las copetonas en bandadas de cientos corrían, como olas espesas de plumas y cabecitas alzadas, en una dirección, en otra, como un viento caprichoso que erizaba el pasto.

¿Por qué no se escapaban por el aire, en lugar de correr? Yo había visto más de una vez su vuelo rasante, que explotaba en un tableteo sobrecogedor que debía de ser parte de su aparato de defensa.

Al parecer era porque el auto girando alrededor de ellas como un terrible sol negro de hierro las asustaba tanto que les impedía pensar en lo que más les convenía.

Yo iba de contrabando en esas salidas, agazapado en el piso del asiento trasero, entre las piernas de los hombres, asomando la mirada por la ventanilla. A las que no me dejaban ir era a las cazas nocturnas, cuando iban por el zorro y las vizcachas. No eran del todo nocturnas: aprovechaban la última luz, que era cuando las alimañas salían de sus cuevas. Mis primos y yo subíamos a la terraza y los veíamos, recortados sobre el último resplandor rojo del cielo, sobre el filo de una colina, la escopeta al hombro, y el estampido seco que traía la distancia. Del horizonte asomaba un domo blanco inmenso que parecía como si fuera a tragarse la Tierra y hacernos caer al vacío. Pero terminaba siendo la Luna nada más, la de siempre, salvo que allá abajo era enorme.

Y todo eso y mucho más sucedía dentro de la propiedad. Aun sabiendo que se estaba exponiendo a envidias y a la incómoda fama

de rico, papá tenía un objetivo claro inclaudicable con estas compras de campo: se estaba asegurando de que, pasara lo que pasara, El Pensamiento seguiría siendo nuestro.

Pero la compra de campos no agotaba, ni mucho menos, la lista de actividades de papá. Era la parte oculta, aunque nunca se preocupó por hacerlo en secreto. Simplemente el campo trabajaba solo, la tierra se ocupaba, y él no tenía una marcada vocación de agricultor o ganadero, tanto que con el curso de los años todo el campo terminó arrendado. Su vena empresarial corría más bien por el lado del comercio, y ahí sí se hizo visible, era un viento transformador, compraba los almacenes decadentes de los pueblos vecinos, los ampliaba y modernizaba, se convirtió en mayorista de una red de fondas y puestos. Para su compañía acopiadora hizo construir galpones, y casas para los obreros de los galpones, y eso lo llevó al rubro de los materiales de construcción, de los que se volvió el principal proveedor de la zona. El capital que le permitía esas expansiones salía de las cerealeras con las que se asoció, de una de las cuales terminó siendo el dueño. En este rubro sus construcciones dieron un salto cualitativo que resultó, para que yo los comparara con las pirámides de Egipto, en los silos, gigantes de plata que parecía como si pudieran contener todo lo conocido y lo desconocido. La delgada escalera que subía hasta el tope sólo podía usarla un hombre que todavía no había nacido.

En El Pensamiento sus iniciativas no eran bien vistas. Una sorda resistencia, tanto más amarga cuanto se sabía vencida de antemano, se manifestaba en protestas a media voz, en negativa a proveer peones y mano de obra, que había que importar. Papá, llevado por la fuerza de su espíritu emprendedor, no hacía caso, seguía adelante, tenía cosas más importantes que hacer que prestar atención a unos chacareros ignorantes de la edad de piedra. Aunque habría tenido motivos para

extrañarse de esta animadversión, ya que sus actividades, lejos de perjudicar a nadie, creaban trabajo, traían el progreso, modernizaban, enriquecían. Al menos según su lógica. Según la de sus críticos esas mismas consecuencias virtuosas eran el veneno que se estaba introduciendo en el cuerpo del pueblo.

De más está decir que papá siguió imperturbable su marcha a la prosperidad, y la Historia le dio la razón. Esas antiguas antipatías no dejaron huella en él, y si años después le hubieran preguntado por ellas no las habría recordado. Esa sana indiferencia le venía del hecho de que era un elemento extraño a El Pensamiento, y puedo entenderlo porque ese elemento extraño está también en mí. Pero en mí cohabita con la herencia de mamá, lo que me permite ver lo que para papá era un punto ciego, y entender qué era lo que inquietaba a los vecinos.

Había algo más que la clásica resistencia al cambio en comunidades asentadas en un sitio durante una punta de generaciones. El cambio lo habrían aceptado a la corta o a la larga, como algo inevitable. Ellos mismos eran el cambio, como lo habían sido sus padres y lo serían sus hijos. Este status quo ancestral no tenía para ellos nada de amenazante, dado que el mundo en el que sucedían los cambios seguía siendo el mismo bajo un trueque concertado de formas. Las relaciones entre los elementos agentes del devenir seguían siendo las mismas, elásticas, reversibles, mantenían en equilibrio sus distancias, pesos y volúmenes. En cambio, para la alarma general, veían la manipulación agresiva del capital que hacía el inmigrante emprendedor, y lo interpretaban como la introducción de una cuña entre dos moléculas de realidad. Los elementos que antes, siempre, estaban unidos por un lazo cordial, por ejemplo entre la hora y el día, entre el año y la estación del año, quedaban incomunicados, su única unión un principio abstracto numerario. Era un principio de destrucción, que no los dejaba dormir tranquilos. Temían que el embate de la renta en movimiento hiciera tambalear el sistema de lo real. Claro que para eso el ejemplo que estaba dando papá tendría que seducir a otros, y no parecía que fuera a suceder en un futuro próximo. Tenía algo de excepcional, eso era evidente, y no podía ser de otro modo, la calidad de único era lo que lo hacía tan endemoniadamente eficaz. Si bien los

tranquilizaba un poco, quedaba un resto no explicado. No tenían el equipamiento intelectual para articularlo, pero no por eso lo sentían menos. Si este hombre estaba intercalando algo entre dos eslabones de realidad, ese algo tenía que ser distinto de la realidad, ¿y era posible que hubiera algo distinto de la realidad, en el mundo real?

Hasta ahí llegaban. Todo el resto era maledicencia. Yo la oía porque no se fijaban en mí. Me sentía un fantasma, sabía que no hablarían mal de papá si yo los estaba oyendo. Si lo hacían era porque realmente no me veían. Adopté mi personalidad de fantasma con entusiasmo. Estaba en todas partes y en ninguna. Me sentaba con el libro de geografía en un rincón de la sala de espera de la estación mientras el preceptor y la maestra hacían los cien pasos del andén, y afuera bajo la marquesina verde los paisanos estaban de tertulia después de la visita al almacén. No prestaba mucha atención, porque es propia del fantasma una elegante distracción. Siempre le daban vueltas a lo mismo, la fantasía. Un hombre venido de otra parte ya por eso solo carecía de una parte de realidad. Su actividad, además, desencajaba los bordes de lo cotidiano, separaba algunas causas de sus efectos, o así se lo imaginaban. Esas enormes trilladoras que no cabían en la calle, los tractores a los que había que subirse con una escalera, toda esa población de monstruos de metal, ¿de dónde los sacaba? ¿Acaso se reproducían apareándose? Descreían de todo, aun de las imágenes que yo estaba atesorando. ¿Cómo iban a patinar los hombres en el hielo del Napostá si todo lo que hacían los inviernos era blanquear con un poco de escarcha el pasto de la orilla? Y al decirlo tomaban con el pulgar y el índice un cristalito de hielo que se deshacía en sus manazas de campo.

En este punto tendría que dar entrada en mi narración a un personaje del que hasta aquí no hice más que una mención indirecta. No cambia nada en el hilo de la historia, que sería la misma sin su participación, pero creo que la enriquece, como un color más, además de ofrecer la ocasión de hacer algunas descripciones que de otro modo tendría que introducir de modo más abrupto. No difiere de lo desarrollado anteriormente en tanto y en cuanto nada de ella tiene que ver con el misterio que es la razón de ser de esta memoria. No me opondría si alguien dijera que tantas idas y vueltas del relato no tienen más función que demorar la entrada en tema, previendo las dificultades que tendré para desarrollarlo. Pero ¿no es siempre así? Se escribe para ganar tiempo, para demorar el momento en que se haga necesario escribir, es decir, para prolongar el estadio de la escritura porque sí, libre y gratuita. Lo necesario puede esperar, y en este caso lleno la espera con la incorporación del personaje excedente. No es otro que la maestra de la escuelita, que al enterarse de que yo había sido puesto a cargo de un preceptor vino a casa a traer el registro de mi primer curso, el año anterior. Me alarmó. No sabía que existían esos registros, y temía por lo que podían contener. Típico de mí, de lo inexplicable de mis sentimientos de culpa y miedo a una revelación, cuando no recordaba haber hecho nada reprobable ni tenía ningún secreto. Como sea, el alivio llegó pronto, cuando un sexto sentido me indicó que lo del registro era una excusa de la maestra para presentarse y conocer a su inesperado colega. Mamá hizo las presentaciones, la maestra era todo sonrisas, él estaba serio pero no huraño, al menos así me pareció. Ella lo invitó a conocer la escuela, sabiendo que nada podría interesarle menos, lo que le haría entender, como no fuera demasiado impermeable, que lo estaba invitando a visitarla a ella. Así se entabló

la relación.

Por parte de una joven soltera de Pringles, estaba el imperativo matrimonial que le hacía tomar la iniciativa. En él se dio un interés tibio pero suficiente dada la escasez de intereses que veía a su alrededor. Era casi diez años menor que ella, y no es imposible que lo haya atemorizado, con ese temblor que atrae, lo que había de mujer en una maestra rural. Lo cierto es que fue a visitarla, y las visitas se repitieron, siempre conmigo como tercero. Pero me hice invisible, no me costaba nada, había incorporado el papel de fantasma, y disfruté de las salidas, que pronto se fundieron con nuestros paseos higiénicos, y de a tres hollamos los senderos perdidos que se adentraban en las lomas de las ovejas. La maestra decía que había que aprovechar los últimos días apacibles. Sus temas de conversación giraban alrededor de los recuerdos compartidos de Pringles, sus tiendas, calles, almacenes, la plaza, la iglesia. Yo trataba de no prestar atención: como sabía que en un año estaría allí, quería descubrir la ciudad con mis ojos, no por cuentos. Pringles era lo que los unía, más que la pedagogía: los dos estaban trasplantados, fuera de lugar. A ella la habían nombrado hacía dos años, volvía a la casa de sus padres sólo en las vacaciones. Mamá opinaba que corría el peligro de quedarse soltera, si no volvía pronto a Pringles a ponerse en campaña. Orillaba los treinta. Volver volvería, lo mismo que el preceptor. El Pensamiento para ella tanto como para él era un puesto de trabajo, un trámite del que se desprenderían como las víboras de su piel usada. El símil era justo, pero aplicado a mí tenía un segundo grado: cuando yo me desprendiera de la piel de El Pensamiento la guardaría como preciada obra de arte por sus dibujos de excelentes asimetrías de belleza.

Era pequeña de cuerpo, la cara muy blanca, más blanca por el contraste con los labios pintados de rojo fuego. Se arreglaba con trajecitos para las salidas. Hablaba con una vivacidad un tanto inquietante, y parecía motivarla el non sequitur. ¿Estaría loca? ¿La soledad le había hecho perder la chaveta? Era lo que decía mi tía Elba, que la frecuentaba por la currícula de mis primos. Claro que para ella toda mujer soltera estaba en riesgo de demencia, de imaginar vestidos de novia, y hasta de ir a la modista a encargarlos.

No sé qué idea de la locura me hacía yo en aquel entonces, pero probablemente, casi con seguridad, debía de ser más cercana a lo que es en realidad la locura de lo que fue después, en mi vida adulta, cuando por un lado la romanticé como inspiración demónica de poesía, y por otro lado la racionalicé en exceso por mis lecturas de psicoanálisis y antipsiquiatría. El niño que era, con la sola posesión de la palabra que daba nombre a la dolencia, estaba más cerca del borde del abismo mental. Pero al mismo tiempo, en mi manejo ingenuo de los conceptos, encontraba una contradicción entre locura y pensamiento consciente, sentía que éste debía levantar una barrera, una resistencia o dique móvil, como el que yo a veces me entretenía en poner con un palito en el camino de las hormigas, lo que las obligaba a hacer un rodeo que yo volvía a bloquearles una y otra vez hasta que me aburría del juego y las dejaba ir adonde quisieran. Así debía de actuar el pensamiento obturando los caminos sinuosos de la sinrazón. ¿O no? Se lo pregunté a mamá: ¿se podía estar loco sin saberlo? Su respuesta me devastó. No sólo se podía, me dijo, sino que era lo normal y no había otro modo de estar loco. Me sentí más pequeño de lo que era, más desprotegido, como si se hubiera abierto un vacío a mi alrededor, quizás porque asociaba ese pensamiento que dejaba de protegerme con El Pensamiento en el que vivía. Pero no, no creo que hiciera la conexión por el lado de las palabras, todavía estaba en el estadio de las realidades materiales, las palabras no habían dejado de ser los pequeños trozos irregulares de vidrio provenientes de la rotura de los vitrales del mundo, las mamparas semitransparentes que separaban unas cosas de otras.

Esa vivacidad desordenada en la oralidad de la maestra se fue aplacando, y con ella la sospecha de un desorden mental. Seguramente se había debido a una apertura súbita de las compuertas de su sociabilidad, después de un largo año de soledad (los niños y sus madres no contaban). No sólo habló menos, sino que empezó a prestar atención a lo que decía el preceptor, quien también abrió compuertas al sentir que alguien lo oía. Una de las teorías que expuso tenía que ver con el trabajo que lo había llevado a El Pensamiento. Según esta producción de su cerebro, el modo más seguro y eficiente de

aprender… era enseñar. Creí haber oído mal, y volví a creer lo mismo cuando oí que la maestra le daba la razón. Me descolocaban las nociones que había incorporado hacía poco y tenía por seguras. ¿Cómo podía ser lo mismo enseñar y aprender? ¿Era lo mismo el día y la noche, lo blanco y lo negro?

La maestra estaba de acuerdo, pero no era tan optimista. Efectivamente, el que enseñaba era el que más aprendía, y al aprender perfeccionaba su aparejo mental y adquiría capacidades con las cuales podía enriquecer a la sociedad y al mundo. Pero tal como estaba planteado el sistema educativo en el país, los que se beneficiaban eran mujeres que, al no tener acceso a puestos decisorios tanto en el gobierno como en la actividad privada, desperdiciaban en las tareas domésticas, la crianza o el chismorreo el aprendizaje adquirido. Sin contar con que la ganancia en ellas era menor dado el menor tamaño del cerebro femenino y las pérdidas mensuales. Si las aulas hubieran estado presididas por hombres, el país ya sería una potencia mundial. Si no lo era, la culpa la tenía el estúpido de Sarmiento. (Me escandalizó el doble discurso, porque recordaba de mi año en la escuelita cómo se deshacía en elogios a Sarmiento, el Padre del Aula).

Todo eso sonaba a discurso teatral, tanto que me pregunté más de una vez si no estarían hablando en clave para comunicarse entre ellos sin que yo me enterara. La sospecha me producía una vaga angustia teñida de culpa. Con gusto los habría dejado solos, para liberar su discurso, pero sabía que mi presencia era una garantía contra los mirones y las suspicacias de las amas de casa.

Me sentía aliviado cuando la visita a un punto de interés hacía cesar la charla, o la reducía al señalamiento lacónico de cosas y personas. Una de esas ocasiones, la única en realidad, fue la visita a la Estación. No había modo de no hacerla, ya que se trataba de la principal atracción de la que podía jactarse El Pensamiento. Todo lo que teníamos le debía su existencia al ferrocarril, del que la Estación era el representante fijo. De hecho, había quienes a El Pensamiento lo llamaban «estación» y no pueblo. Tenía su razón de ser, ya que la veintena de casas que lo formaba había nacido alrededor de la Estación y sin ella las casas habrían ido a otro lado a echar sus

cimientos. La Estación era la joya del pueblo, y una joya no se lucía si no había alguien para exhibirla en su cuerpo, y ese cuerpo era El Pensamiento. Si bien yo sabía que una Estación no era nada sin las otras, porque la esencia del ferrocarril como institución y como medio de transporte era la cadena enlazada de sus estaciones, eso no quitaba nada al valor de nuestra Estación. A esa cadena yo la imaginaba interminable, como cuando se decía que poniendo uno sobre otro todos los libros que se habían escrito se formaría una torre que alcanzaría la Luna. Pero de los nombres de sus eslabones no conocía más que uno, el de Pillahuinco, que era la estación intermedia entre la nuestra y Pringles. Conocía el nombre porque lo mencionaba papá cuando hablaba de sus viajes a Pringles: a la altura de Pillahuinco solía pararlo un peón de la estancia San Luis, de los franceses, pidiendo que lo llevara. El caso no hacía más que profundizar mi perplejidad por la reutilización de los nombres, porque Pillahuinco era el nombre del arroyo famoso en el que se había bañado el diablo. Aunque no me gustaba hacer preguntas a los adultos, porque temía que las respuestas contuvieran revelaciones no deseadas, me atreví a preguntar a papá cómo era la estación Pillahuinco (subrayé la palabra «estación» para que no creyera que le preguntaba por el arroyo). Condescendiente, respondió que era sólo eso, una estación. No había pueblo. Aunque era poca cosa como información, me confirmó algo importante: que estación y pueblo no eran lo mismo, y que El Pensamiento era las dos cosas, así como el ser humano, según me lo habían enseñado, consistía de cuerpo y alma.

En la primera visita que hizo el preceptor a la Estación, flanqueado por mí y la maestra, se mostró razonablemente impresionado. Yo había temido que la tuviera a menos, comparándola con los edificios de Pringles, que imaginaba altos y blancos, con balcones de los que se desprendían cóndores y otros pájaros de gran tamaño. Quizás no fue sólo cortesía de su parte, sino un reconocimiento objetivo de la belleza del inmueble burgués de calidad, hecho para resistir tanto al tiempo como a las miradas de los curiosos. Un bello edificio clásico, rojo oscuro y verde oscuro, con líneas sólidas que le daban un aire de opulencia. El piso del andén, a todo el largo del casco, estaba

embaldosado con unos lucientes cuadrados rojos, encerados cotidianamente por un jorobado, lo mismo que los pisos de los interiores, que eran de roble. A los costados, el andén se continuaba en arenisca rastrillada. El gran alero, sostenido por columnas de hierro azul, era de aluminio con tirantes de hierro, y los bancos, simétricamente dispuestos dos bajo el alero y cuatro afuera, estaban pintados de verde oscuro.

En esa ocasión el Jefe de la Estación salió de su guichet a hacer los honores del lugar, con el que estaba identificado. Saludó con familiaridad a la maestra, a la que conocía bien, no sólo porque en El Pensamiento todos nos conocíamos sino porque ella solía organizar salidas a la Estación con sus alumnos, a que el Jefe les hiciera una sinopsis del universo ferroviario. Más ceremonioso y algo intimidado, estrechó la mano del preceptor manifestándose encantado de conocerlo y felicitándolo por la tarea que estaba realizando conmigo, a quien revolvió el pelo para dar por terminada la ceremonia de recepción. Yo lo conocía bien al Jefe, y a su esposa, como que estaban en su puesto desde antes de mi venida al mundo. Vivían en la preciosa casita roja y blanca atrás de la estación. Él era siempre el mismo, quiero decir que no se apeaba nunca de su personaje, el más importante del pueblo, siempre con su uniforme, del que se despojaría sólo en la intimidad: chaquetón de gabardina, pantalón con raya de pespunte al costado, botines de caña y gorra con visera de baquelita. La visita guiada que nos regaló, fruto de su eterna desocupación entre trenes, era en honor del preceptor, pero yo también me enganché, aunque conocía de memoria cada detalle del edificio. Nos demoramos en la sala de espera, con los asientos de cuero verde, los retratos de los próceres y el friso de azulejos que corría a media altura por las paredes, en cada uno una liebrecita de esmalte amarillo, en relieve, sobre un fondo de luminoso celeste. Mientras los adultos hablaban yo le pasaba el dedo al contorno de cada una de las liebrecitas amarillas, las patas estiradas adelante y atrás en su permanente carrera inmóvil. Había treinta y seis de ellas en las cuatro paredes. Más novedoso para mí fue el interior de la oficina, a la que siempre había entrevisto desde afuera, por la abertura ovalada de la ventanilla de los pasajes. El mapa

en la pared lucía nuevo, como si todavía sus lugares no se hubieran estrenado, el escritorio de nogal tenía gruesas patas rectas. Y en su mesita empotrada, el telégrafo, la joya máxima, todo en bronce dorado, como un saltamontes.

Dije que todo esto lo veo en el recuerdo como imágenes, sobre las que el olvido, inevitable, crea distancias y las mezcla y confunde, y lo que estaba tan cerca se aleja, el preceptor y la maestra son dos figuritas recortadas sobre los tremendos cielos rojos del otoño, encaminándose a la Estación, que es un estuche de juguete. Lo vemos desde una ventana del piso alto, mamá y yo, mejilla con mejilla, pegados al vidrio y acuclillados en un espacio mínimo y apretadísimo del recuerdo, mamá me pregunta en un susurro:

–¿Te parece que la señora del Jefe los invitará a tomar el té?

Y después de un silencio:

–¿Por qué no vas a ver?

Los días de lluvia, para no quedarnos en casa, íbamos al almacén. Había sido el primer paso en la carrera comercial de papá, ahora quedaba como reliquia. No teníamos que salir porque una puerta en la planta baja comunicaba con la trastienda del despacho. Era como entrar al pasado, a un vetusto orbe rural cuyas convenciones memoriosas o literarias hacían difícil tomárselo en serio. Y sin embargo ahí estaba, yo mismo al evocar la escena me siento más real que en el recuerdo. Cuatro paisanos en bombachas y alpargatas jugaban al truco alrededor de una mesa, inmóviles, en el centro de la escena también vacía que se poblaba de imágenes transparentes, y detrás de ellas otras figuras. Contra el mostrador, un viejo arrugado, hirsuto, y al otro lado el dependiente inmemorial. Los estantes con botellas, las paredes altas pintadas de verde, las baldosas amarillentas del piso. Un interior desolado por pertenecer a un tiempo en el que nuestros hábitos no se habían conformado todavía. Había más gente, pero parecía como si no hubiera nadie, como en los daguerrotipos. Nosotros nos sentábamos en un rincón y mirábamos a los jugadores, el grupo recortado en la luz estancada por la lluvia. Dos de perfil, uno de espaldas, y el cuarto invisible detrás de la espalda del tercero. Alternaban una inmovilidad de almanaque con estallidos de actividad y palabras en clave: creo que era la alternancia del pasado en el que sucedía esta escena, el pasado perimido de peones analfabetos sobreexplotados por terratenientes ausentes, y el presente en el que estaba yo con mis siete años y mi preceptor. Es inevitable que en un libro de imágenes como éste se superpongan tiempos, olvidos y recuerdos, invenciones, pasajes. Lo pintoresco del cuadro hacía pensar que no estaba pasando nada. Lo corroboraba el aburrimiento del

dependiente, una señora que aparecía y desaparecía con el pan que había venido a comprar, esperando a que parara la lluvia. Sin embargo, el juego de naipes imponía una tensión, un plazo. Me lo sugirió un detalle llamativamente inadvertido: un naipe estaba en el suelo, entre los pies de los jugadores. Desde donde estábamos lo veíamos, ¿ellos no? Parecían ignorarlo a propósito, pero quizás se les había caído y no se habían dado cuenta… El preceptor adivinó mi impulso a ir a avisarles, y me detuvo extendiendo el brazo, poniéndolo como barrera entre mi frágil persona puesta a su cargo y un pasado bárbaro al que por el momento no pertenecíamos.

La importancia del tren para los que vivíamos en El Pensamiento no habría podido ser mayor. Por él estábamos ahí, sin él estaríamos dispersos, cada uno en su lugar, y no tendríamos ningún lugar donde vivir. Pero él nunca estaba ahí, siempre estaba yéndose, y en ese juego de movimiento y fijeza mostraba cuánto dominio tenía sobre nosotros. Porque el tren propiamente dicho, el convoy de vagones tirado por una locomotora, no estaba casi nunca, a pesar de lo cual era la razón de ser de todo lo que sí estaba, gente y casas. Debía de tener poderes extraordinarios, como los taumaturgos de los cuentos, o como las grandes atracciones orbitales de los planetas, para ejercer su influencia sin estar presente.

Su realidad de mensajero del progreso que llevaba los frutos de la civilización adonde nadie se los pedía, todo el discurso que lo justificaba de cara a las compañías que lo fabricaban y las poblaciones en las que se introducía cesaba cuando empezaba a temblar la tierra bajo el rugido arrollador de su llegada. Entonces los sordos oían, los ciegos veían. No era el instrumento del progreso, era el hijo de los titanes del hierro y el fuego, el portento de las eras legendarias, su peso y volumen era excesivo para los mezquinos caminos de la actualidad y lo expulsaba a un pasado perpetuo.

Mi sensibilidad quedó marcada por la ardiente vida mecánica de los trenes. La escala llenó mi pensamiento como una claridad. Era una lucidez que provenía no del pensamiento sino de lo más objetivo de las cosas, entre las que establecía una distinción: estaba lo inerte, una mesa, un ropero, un cascote, y enfrente lo mecánico: una tijera, un cascanueces. La diferencia se me hizo patente, pude verla como los dos hemisferios del mundo material. Esa esfera doméstica, llevada al

exterior, a El Pensamiento como continente de mis percepciones y sensaciones, se traducía en lo inerte de la tierra y lo mecánico del tren. Así se iba construyendo una lengua, con opuestos que se devolvían sus significados. Y era una lengua de limpia simplicidad, sin psicología, sin sentimentalismos, como una matemática que supiera adónde ir.

No puede extrañar que lo tomáramos como ejemplo. Todos querían ser como el tren. Era nuestro aliado en la conducta, pero también el modelo al que ajustábamos nuestras necesidades y capacidades. Ante la posibilidad de perder lo que teníamos, y vivir con esa preocupación, el tren se lo llevaba todo, nos dejaba sin nada que perder. Mas aun, se llevaba lo lejano, nos libraba de algo que además de ser inútil incubaba sueños tóxicos, y a cambio nos traía lo cercano, lo hacía girar a nuestro alrededor con el color y el calor de la convivialidad.

Para nosotros el tren era algo dado, y más allá del sobresalto que tuvimos ese año el efecto que nos producía, como dije, era de largo plazo, no se lo veía a simple vista como no se ve moverse la aguja de la hora en el reloj. Pero se contaban y seguían vigentes en el imaginario pueblerino las perturbaciones que había ocasionado al llegar, en poblaciones apegadas a la tierra. No en todos, por supuesto, pero mentes predispuestas a la pesadilla o al trueque de imágenes no podían dejar de sentir el impacto de una novedad tan portentosa.

Esto dio origen a una especie distintiva, los locos del tren, hombres que perdían la razón por culpa del ferrocarril, con el que desbarraban cuando se les daba conversación sobre el tema pero por lo demás se comportaban con normalidad en su trabajo y su familia. El motivo principal de la obsesión parcial era el confinamiento del tren a las vías. Mientras siguiera por ellas no había motivo de preocupación, pero justamente, desde el momento en que se les daba a las vías la responsabilidad de mantenerlo en su cauce, se abría el albur de que no lo hiciera. Después de todo, las vías estaban ahí echadas, sin nada con qué sujetar al tren, sin magnetismo ni abrazaderas, nada más que el brillo y la línea recta. ¿Qué impedía que un tren se volviera loco, como ellos, y derrapara? Entonces podía pasar cualquier cosa, las locomotoras adquirían vida y exhibían los cuernos que habían retraído

para hacer creer que eran inofensivas. Convoyes que seguían por siempre, ecuadores móviles imposibles de atravesar que dividían a los amantes, a los padres de sus hijos, a los ancianos de los jóvenes, para siempre. Trenes nocturnos que se lanzaban en la oscuridad contra los ranchos de los pobres y los hacían volar por los aires, los modestos enseres, sillas, catres, ollas, en un abanico furioso hacia las estrellas tras el impacto, y también el hombre, la mujer, los abuelos, los niños, todos pulverizados por la violencia del progreso encarnada en hierro y furor.

No todo era negativo, no lo es en la vida y ni siquiera lo es en la locura. También hay orates felices, o al menos los hay que se las arreglan para sacar filamentos dichosos de sus alucinaciones, y en el caso de los locos del tren eran los túneles, que les encantaban. El tren que minutos antes había sido agresivo y homicida, de pronto, como hacían los caracoles de los jardines de El Pensamiento para meterse en sus casas de espiral de nácar, retraía los cuernos para entrar a un túnel largo y oscuro, curvado hacia las entrañas de la Tierra, donde moraba la serenidad.

La quimera del ferrocarril podría habernos hecho creer que se trataba de una de esas invenciones futuristas que se desvanecían en el aire de la mañana cuando llegaba la hora. Pero era perfectamente real, de hecho la realidad era su condición más sobresaliente. Era real, y creaba realidad a su paso. El Pensamiento era parte de esa creación, en tanto era un eslabón más del llamado Tren de los Franceses, que pretendía hacer una competencia al más antiguo y extendido, de los ingleses. Se trataba de la línea Rosario-Puerto Belgrano, la primera en la historia ferroviaria de nuestro país que no respetó el trazado radial con cabecera en Buenos Aires, que a la mentalidad de la nación se le antojaba el único y fatal. Por el contrario, trazaba una transversal desde la ciudad de Rosario, capital de la llamada «pampa gringa», opulenta en granos, hasta el extremo sur bonaerense.

La iniciativa fue del empresario Diego de Alvear, quien en 1903 solicitó y obtuvo del gobierno nacional la concesión correspondiente. Una vez aceptados los planos, Alvear se asoció al magnate Otto Bemberg para formar, con aporte de capitales franceses, la Compagnie

de Chemin de Fer Rosario-Puerto Belgrano, gestionada por la banca Bénard et Jarislovsky. El tendido de la vía férrea y la construcción de las estaciones se llevó a cabo con inusitada velocidad, tanto que un primer tramo del servicio de carga y pasajeros se inauguraba ya en 1910, y en 1912 estaba listo en su totalidad.

El propósito, y el atractivo para los inversores, estaba en competir con las compañías inglesas que habían construido y administraban las líneas ferroviarias existentes. Éstas habían sido trazadas todas en sentido radial a partir del puerto de Buenos Aires. La nueva línea francesa ofrecía un trayecto más económico para el transporte a puerto de la producción de las dos provincias con mayor capacidad exportadora. Las cabeceras estaban en Rosario, provincia de Santa Fe, y Punta Alta, al sur de la provincia de Buenos Aires. A esta última la recorría de norte a sur. En Punta Alta se construyó un muelle, el llamado Muelle de los Franceses, para embarque de la carga proveniente de las fértiles praderas que cruzaba el tren. Las zonas más ricas del trayecto era las del sur de Santa Fe y el norte de Buenos Aires, si bien a lo largo de toda la línea había abundante producción agrícola y ganadera.

Se escogió la trocha ancha, rieles de hierro con tornillos de acero y durmientes de quebracho colorado. La extensión de vías de un extremo a otro fue de ochocientos kilómetros, trescientos veinte en tendido horizontal y cuatrocientos ochenta en pendiente. Los costes se elevaron más allá de los cálculos iniciales debido a la necesidad de sortear, mediante empalmes y terraplenes, así como puentes de mampostería o hierro, las numerosas líneas de ferrocarril inglesas que cruzaba. En cuanto a los ríos y arroyos, hubo que construir nada menos que cuarenta y cuatro puentes, el más importante de los cuales es el que cruza el río Sauce Grande, imponente obra de ingeniería, en hierro, de doscientos sesenta metros de extensión.

La sede central de la empresa quedó instalada desde 1909 en Villa Diego, la primera estación al partir desde Rosario, donde se levantó un complejo edificio que además de un patio de maniobras de gran extensión contaba con casas para el personal, depósito de locomotoras y talleres.

El total de estaciones construidas fue de cincuenta y siete, de las cuales apenas cinco o seis servían a ciudades o pueblos de alguna importancia, las demás se rodeaban de un caserío módico, o nulo. La terminal de pasajeros en la cabecera sur fue la estación Almirante Solier; la última anterior que servía a una ciudad era Pringles, y entre ésta y la terminal se desgranaban, como perlas para pobres, las estaciones chicas, algunas con un pueblito en miniatura como el nuestro, otras ni siquiera eso:

Pillahuinco
El Pensamiento
Las Mostazas
El Divisorio
Lartigau
Coronel Falcón
Paso Mayor
Bajo Hondo

puntos de capitoné de las extensiones de la alfalfa y el peludo. Según el frío cálculo de la renta el número de estaciones fue excesivo; muchas no tuvieron ninguna actividad; se había sobreestimado el potencial productivo de la campiña comunicada, haciendo antieconómica, y por ello en cierto modo ficticia o artificial, la existencia de los pequeños pueblos. Pero en cada uno de ellos alentaba la fábula, cuya moraleja era el elegante edificio de la Estación, como el que visitamos en el capítulo anterior, que se repetía idéntico a lo largo de toda la línea, como sueño recurrente.

Ésa es, en una nuez, la historia del Rosario-Puerto Belgrano, y aunque en la época de la que hablo la empresa estaba en su momento de apogeo, equivalente al que en los seres animados es el momento de la fecundidad reproductiva, la decadencia era inevitable y minaba por debajo con una tristeza anticipada lo que en la superficie visible era el vigor y la sonrisa del Progreso.

Con los primeros fríos y el viento que hacía volar las hojas amarillas de los árboles, el otoño abría las puertas al invierno. Las estaciones se sucedían con regularidad en las colinas de El Pensamiento. Las cuatro se presentaban provistas de todos sus atributos, exactamente como en las ilustraciones ingenuas que las representaban en los almanaques. Crecí con esa imagen estereotipada del año, el tiempo dividido en estampas coloreadas. A la puntualidad del cielo la tuve como algo normal, y todas las anormalidades que vinieron después las adjudiqué a fallas en mi atención. La tinta que el ángel depositaba en los tinteros cambió de color, el azul se hizo más brillante, como si quisiera emular a las grandes gardenias del jardín, abiertas por última vez.

Se me presentó una duda, que en realidad era una duda vieja pero la hice trabajar extra aplicándola a un elemento distinto. Lo viejo, si puede hablarse de algo viejo en un chico de siete años, era mi perplejidad cuando oía que se usaba un mismo nombre para dos cosas distintas, como el arroyo Pillahuinco y la estación Pillahuinco, y sabía que había gente que compartía el nombre de pila, sin ir más lejos papá había comentado que el intendente de Pringles se llamaba como yo. Lo nuevo fue enterarme de que los nombres propios no eran los únicos que podían darse duplicados. Era el caso, tan oportuno, de la palabra Estación, que servía tanto para las del año como para las del tren.

Era escandaloso, al menos para el puritanismo lingüístico de un niño, porque una estación no tenía nada que ver con la otra, una firmemente asentada en el espacio, con sus salas de espera y andenes y vías clavadas en la tierra, la otra posada blandamente en el tiempo, transformándose mediante balances hemisféricos. ¿Cómo podía ser que las dos tuvieran el mismo nombre? O bien una se lo había

usurpado a la otra, o bien el juego de las sílabas había querido que hubiera una coincidencia puramente casual. Pero este juego, precisamente, tenía que hacer fácil inventar palabras nuevas, siempre que hubiera la voluntad de hacerlo. Por lo visto, no la había habido. Por ahorrarse el trabajo de inventar una nueva palabra, habían tomado una ya existente, sin preocuparse por las confusiones que se pudieran crear.

A esta altura yo había ganado suficiente confianza con el preceptor para compartir con él algunas de mis ideas. Al oír ésta, quedó pensativo un momento, elaborando una respuesta. La palabra Estación, dijo, significaba uno de los tramos de una serie, y se lo podía aplicar a distintas series, materiales o inmateriales, o bien espaciales o temporales, como en este caso. No nombraba dos cosas distintas sino una y la misma en dos manifestaciones diferentes. Tenía razón, por supuesto, pero yo no había llegado al estadio de evolución madurativa que me permitiera hacer ese tipo de abstracciones. Por suerte el preceptor, que en el fondo no debía de tener alma de maestro, renunciaba pronto a meterme en la mollera algo que se me resistía. Una de sus mejores virtudes era carecer de ese espíritu de insistencia docente que tanto desanima. Esa vez se limitó a clausurar el tema con un par de ejemplos de palabras que podían aplicarse a cosas distintas, inclusive muy distintas y distantes, y aun así conservar el mismo significado que cubría a esas cosas distintas y distantes. Una de ellas era Calpa, que era a la vez la mordaza que se le pone a un secuestrado para que no grite, y la nieve en la cumbre de un volcán apagado que empieza a fundirse cuando el volcán se reactiva. Otra era Balbina, que podía ser tanto la fuente de inspiración de un poeta como, cuando se la usaba en plural, las manchas de óxido en las cucharas descartadas de un hotel. Me gustaron mucho los ejemplos, me quedé saboreándolos largamente. Quizás en ese momento tuvo su origen mi amor desmedido por los ejemplos, al que le debo la poca felicidad que he tenido, ya que a él va adherida la convicción de que todo en la vida es ejemplo de otra cosa, por lo que no hay que tomarse nada en serio.

Pues bien, como dije, la estación que sobrevino fue el invierno. Como fue el último que pasé en El Pensamiento, me quedó un

recuerdo claro de sus dones. Un plateado brillante había cubierto el cielo, las nubes empezaron a ir más rápido, como resbalando sobre hielo, mientras que en la tierra el rocío se congelaba y en sus cristales se escondía un corazón violeta. El follaje había desaparecido de las copas de los árboles, en su lugar las ramas hacían un dibujo en trazos negros entrecruzados, con manchones que eran nidos abandonados. Sin donde esconderse, zorzales y benteveos eran presa del chimango de cabeza blanca. Los chillidos que habían reemplazado al canto se perdían tras las colinas. Las arañas que habitaban el viejo muro del fondo se entumecían y yo podía jugar con ellas, las ponía en fila como soldaditos, las hacía maniobrar en batallas imaginarias. Cuando se extinguió la última niebla el contorno de las cosas se hizo implacable. Apenas si una fogata aquí y allá con el revoloteo de sus llamas amarillas interrumpía el pasmo general. También llegaba el silencio, y con él la desaparición, pero la desaparición de lo que nunca había aparecido.

Con las primeras nevadas aparecieron los autos que venían a buscar a los enfermos. Revolucionaban al pueblo, todos salían a verlos porque salvo el de papá no teníamos otro que admirar; era la única ocasión que tenían los hombres (y los chicos) de examinar los modelos recientes de voiturettes, roadsters y sedanes, los rodeaban, calculaban la cilindrada, medían a ojo de buen cubero la circunferencia del neumático, haciendo comentarios con los que querían convencerse de que aun en el retiro pastoril la modernidad mecánica no les era ajena. Era una ocasión fugaz porque los autos no se demoraban mucho, apenas el tiempo de sacar de las casas a un emponchado encapotado, cargarlo y partir como alma que se lleva el diablo. Venían de Pringles, de Suárez, de Tres Arroyos, de Lamadrid, y hasta de más lejos, a recoger a los parientes que habían traído en la primavera. El aire saludable de las colinas de El Pensamiento era famosamente benéfico para los enfermos pulmonares, aunque sólo en la estación cálida. Los habíamos visto durante todo el verano, tomando sol en las tumbonas, paseándose indolentes, seres delgados, blancos, de familias ricas; ahora los volvíamos a ver, envueltos en pieles, metiéndose de prisa en los autos. Quedaban en pensión, y eran una bienvenida fuente de

ingresos. Una de las casas que los alojaba era la de mis abuelos. De soltera, desde la infancia, mamá había convivido con los tísicos, para ella era algo natural. Lo era para todos los residentes de El Pensamiento, lo que llevaba a sus conciencias una ampliación del concepto de lo humano. Esa enfermedad, entonces misteriosa, volvía ultramundanos a sus pacientes. El hecho de que la mayoría no volviera en la primavera siguiente hacía que viéramos esos autos negros de formas siempre distintas como los carros del Destino.

Papá vio con malos ojos la costumbre y nos prohibió ir a lo de los abuelos mientras estuvieran los pensionistas. Lo obedecíamos, por supuesto, pero no nos privábamos de espiarlos de lejos. Mamá les hacía visitas a escondidas; decía que no se arrepentía de haber mantenido de chica esa peligrosa intimidad, de la que no había recibido ningún daño. Al contrario, afirmaba que había enriquecido su vida al abrirle horizontes de sensibilidad y espiritualidad a los que de otro modo habría permanecido ajena. La salud y el vigor físico de los que con razón podían jactarse el hombre y la mujer de campo se pagaban con un embotamiento de las facultades más preciosas de la mente y el corazón. Los seres pálidos de la ciudad, primos de la muerte, hacían la vida más densa y profunda. Otras jóvenes del pueblo habían sentido esa atracción. Sin ir más lejos, una de sus hermanas había terminado casándose con un recuperado que se quedó a vivir en el pueblo. Mamá, empero, cuando le llegó el momento se casó con un hombre que era todo lo contrario de los contemplativos soñadores, como si después de experimentar uno de los polos de la masculinidad se hubiera decidido por el polo opuesto.

Con el avance de la estación, el mundo en El Pensamiento se nos volvía una idea. El invierno elevaba nuestro nivel de elegancia. Las visiones se hacían procesionales, lentas, enmarcadas, con un punto de sonido en el mar del silencio. Nos apoderábamos, con avidez de pobres, de la belleza cristalina que subía de la tierra, cuando las mañanas se iluminaban desde el interior de sus horas. En la niebla transparente cada átomo del espacio era de plata. Teníamos que haber atravesado las secas extensiones del verano, con los remolinos de polvo y el chirrido de las cigarras, para apreciar los espejismos blancos de julio, sus reflejos que creaban superficies donde no las había, las heladas que paralizaban el aire. Los árboles se vestían de guirnaldas vidriosas, en los techos las masas de hielo se rompían con explosiones que parecían tiros de cañón. Los caballos exhalaban un vapor denso que quedaba flotando largo rato frente a sus cabezas. Después de una nevada, cuando se despejaba, el cielo lucía como un acero azul.

No aspirábamos a un invierno ideal. Pero tampoco nos conformábamos con el que nos daba el año, ya hecho. Las corrientes frías de la Ventana, que venían por canales subterráneos, congelaban el sistema de aguas. En los arroyos, la onda revoltosa se fijaba, una gruesa capa de hielo, oscuro cuando el viento, barría la nieve que lo cubría, se volvía piso y espejo. Los hombres caminaban sobre el arroyo como sobre los pasillos de un palacio, entre los sauces cubiertos de escarcha, las ramas finas con hileras de caracolitos de hielo blanco, inmóviles, cortinas quietas que velaban las vueltas y revueltas del curso del arroyo. El cielo también blanco parecía buscar refugio bajo el hielo. Los patinadores se alejaban, envueltos en la

nubecita escarchada que levantaban los filos del patín. Algunos decían haber llegado a sitios lejanos o legendarios, al pie del Tres Picos, a los cangrejales de Salliqueló, a las Lagunas Encadenadas. Nadie daba mucho crédito a esas historias, no porque fuera imposible llegar tan lejos, sino por la mentalidad del habitante de El Pensamiento, que de embarcarse se embarcaba sólo en sus sueños.

Un misterio sacudió a El Pensamiento. Como no podía ser de otro modo, fue un misterio ferroviario. Puso en vilo a todos los que vivíamos alrededor de la Estación, que volvimos la vista hacia ese centro donde residía el enigma. Fue tema excluyente de especulaciones, temores y sospechas, y hasta tuvo el matiz de sobrenatural con el que la superstición adorna lo inexplicable, o lo que tarda en explicarse. En el momento yo fui el más atraído por ese vacío succionante. Tenía la edad justa, no sólo para prestarme a todas las credulidades sino para iniciar el proceso de una educación en los hechos de la vida con un suceso inolvidable, como en otros ha sido una guerra o un terremoto. Tenía a mi lado al preceptor, que compartió y alentó mi interés. Él también salía ganando. Si había lamentado tener que pasar varios meses alejado de la civilización, dándole clases a un niño silvestre, con el misterio pudo compensar en emociones, pues gracias al conchabo de pedagogo estuvo en el centro de la acción, mientras que de haberse quedado en Pringles habría tenido que seguir la historia por los artículos de *El Orden*, llenos de erratas y con la sintaxis inconexa que era la menos adecuada al esclarecimiento de un hecho de intriga.

Vamos en orden. La primera señal la dio la presencia de una vagoneta que venía zumbando por las vías con un hombre encima, después otra con dos hombres que también venía zumbando de la dirección contraria. Este medio de transporte de tracción manual por vía férrea consistía en una simple superficie rectangular de madera reforzada con listones de hierro, y una manivela con un mecanismo de balancín que, accionado por un hombre, transmitía el impulso a los engranajes de las cuatro ruedas que iban por las vías. En El

Pensamiento nunca habíamos visto una vagoneta, aun siendo un elemento de larga historia y ancha presencia en el complejo del ferrocarril. Si nunca había ido ninguna a nuestro pueblo era porque la utilidad de las vagonetas se agotaba en las distancias cortas (se accionaba a fuerza de brazos), y las distancias en la pampa bonaerense eran cualquier cosa menos cortas. Aun sin haberlas visto nunca, sabíamos lo que eran y cómo funcionaban. Supongo que ese saber infuso se debía a que vivíamos en un régimen ferroviario, y lo que no sabíamos lo armábamos mentalmente a partir de lo que sabíamos.

Los tripulantes de las vagonetas se entrevistaron con el Jefe de la Estación, recorrieron ida y vuelta los tramos El Pensamiento-Pillahuinco y El Pensamiento-Las Mostazas, y terminaron descalzando una de las vagonetas para dejarlas en la Estación. Se marcharon pero sólo para que volvieran otros, ya no por las vías sino en dos autos, y hubo más reuniones en la casa del Jefe, tras lo cual otra vez volvió a oírse el clap-clap de la vagoneta, y hubo una circulación inquietante de los autos por la calle circular que constituía ella sola todo nuestro pueblo. Cuando el tren volvió a pasar, en su horario habitual, supusimos que la agitación se terminaba, pero no fue así. Hubo que esperar a que el Jefe quedara solo, al final del segundo día, para que algunos vecinos de los que solían charlar con él fueran a preguntar.

Lo que sucedía era tan fácil de contar como difícil de explicar: había desaparecido una locomotora. Y lo había hecho en El Pensamiento o en sus inmediaciones. Se la había visto por última vez en Las Mostazas, subiendo rumbo a Villa Diego por reparaciones, en la ocasión conducida por dos maquinistas que habían tomado relevo en Solier pero por un descuido (frecuente) no se habían registrado sus nombres y no había a quién interrogar. No había pasado por la estación Pillhuinco, eso era concluyente por los testimonios recogidos. En Pringles, la estación más cercana que contaba con playa de maniobras, no se la había visto tampoco. El Jefe de la Estación al dar la nueva se hinchaba de importancia, excitado por el hecho insólito que desmentía la vieja persuasión de que en El Pensamiento nunca pasaba nada. Pero se le fue bajando la cresta pronto, pues los directivos de la compañía le hicieron saber que si el problema no se

resolvía internamente harían la denuncia y pondrían el caso en manos de la policía. Ya esto de por sí era inquietante. Y había más: en los interrogatorios efectuados en el primer momento el Jefe se había mostrado vago en sus respuestas, y terminó quedando claro que no podía afirmar ni negar que hubiera visto a la locomotora de marras pasando por su Estación. En contraste con las posiciones contundentes de sus colegas en las dos estaciones vecinas, sus vacilaciones mostraban que no era de fiar. De ahí a concluir que no estaba capacitado para el puesto de responsabilidad que detentaba no había más que un paso. El hombre tembló. Si lo echaban quedaba en la calle. Ni casa tenía.

Recibió muchas visitas, quizás demasiadas, que tras el velo piadoso del consuelo y la solidaridad no terminaban de ocultar la curiosidad. Pero también había mucho de sincero en la preocupación por él: se lo conocía desde hacía muchos años y se lo apreciaba como el sujeto afable que era, de pocas luces, es cierto, pero ¿qué luces se necesitaban para hacer un trabajo tan rutinario como el de Jefe de una Estación de campo? Trabajo que por lo demás realizaba escrupulosamente.

Papá había estado unos días en Pringles, cuando volvió quisimos darle la noticia, pero ya lo sabía. Los pringlenses sabían tanto como nosotros, es decir, no sabían qué podía haber pasado, y estaban igual de intrigados. Se hablaba de El Pensamiento como del epicentro del fenómeno, lo que le daba a nuestro pueblito perdido entre los polvos de la llanura una entidad que nunca antes había tenido. Si no estuviera tan lejos y los caminos fueran tan malos, dijo papá, ya habría venido más de uno a meter las narices.

–¿La habrán robado?

Una pregunta tan ingenua sólo podía dar risa. En efecto, ¿cómo robar una locomotora? Las máquinas francesas eran más chicas que las inglesas, todos estaban de acuerdo en que eran más estilizadas, de cuño femenino, pero aun así debían pesar sus buenas toneladas. Y el peso era apenas una de las salvaguardas que tenía contra el hurto. Su desplazamiento era muy especializado: necesitaba vías, y vías de la trocha indicada; además del carbón que consumía, el agua, y el

personal idóneo, pues no cualquiera podía ponerla en marcha. No, no se habían inventado los cuatreros de locomotoras.

A mí, por supuesto, no me dejaban meter baza: las especulaciones eran cosa de grandes, a pesar de que se parecían tanto a los juegos de pensamiento que yo solía inventar. Éstos de la locomotora perdida los seguía con la mayor atención. Al ser tan improbable la desaparición, siempre había una solución más que proponer.

¿Y desarmándola?

Ahí había una remota posibilidad, pero tan remota que más valía descartarla. El ensamble de una máquina de esas proporciones se llevaba a cabo en grandes talleres; el trabajo contrario exigiría por lógica similares instalaciones. Y aunque no fuera así, llevaría una considerable cantidad de tiempo, mientras que la locomotora en cuestión había desaparecido de un día para otro.

Pero no, no era posible, alguien sensato se rebelaba contra el hecho de estar discutiendo algo tan absurdo.

–A ver, ¿usted cree que una locomotora puede disolverse en el aire como un terrón de azúcar se disuelve en la taza de té?

Esta comparación caló hondo en mí. Con la ingenua y errada lógica pueril que al fin de cuentas es la única lógica que hay, pensé que, así como el terrón de azúcar no se disuelve en el té sin endulzarlo, la locomotora no se habría disuelto en el aire de El Pensamiento sin darle un sabor de viaje, de velocidad, de maquinismo bien entendido. Aire que yo trataba de captar aspirando a pleno pulmón los vientos que, ellos también, eran invisibles, y aparecían y desaparecían sin pedir permiso.

Lo anterior es apenas un ejemplo de lo mucho que se dijo y lo demasiado que yo interpreté. Entrecerraba los ojos en el esfuerzo por evocarla. Debería haber sido fácil para mí, que desde que aprendí a manejar el lápiz había hecho locomotoras como si no hubiera otra cosa en el mundo que valiera la pena dibujar. Pero se interponía una circunstancia morosa: seguían pasando cotidianamente los convoys cargados de frutos del país, tirados por esbeltas locomotoras empenachadas, que se interponían entre la visión y la evocación. Todas eran iguales a la fugitiva, pero no eran ella. ¿O sí? Mi preceptor

tuvo una idea que propuso en la mesa: ¿no sería la locomotora desaparecida una de las que pasaban haciendo su trabajo? Es decir, podía haberse dado una confusión en el conteo, lo que no sería difícil, ya que las locomotoras nunca estaban todas juntas en el mismo lugar. Y todas eran iguales.

Era muy sugerente, casi como un chiste, o como el que buscaba el sombrero y no lo encontraba porque lo tenía puesto. Además, aun en su giro cómico, era la explicación más probable. Papá lo pensó así y fue a planteársela al Jefe de la Estación, que lo desengañó. Las tenían numeradas, y la que había desaparecido había desaparecido de verdad.

Aun a pesar del resultado nulo, papá quedó admirado del cerebro del preceptor, seguramente pensó que estaría fecundando el mío. Lo subió en su estima, se demoraba charlando con él, haciendo una marcada excepción, pues siempre estaba falto de tiempo debido a sus mil ocupaciones simultáneas. La locomotora, por supuesto, les daba tema. Criticaban a los jerarcas del Rosario-Puerto Belgrano por su decisión de llevar las investigaciones a puertas cerradas. La locomotora no podía reducirse a propiedad privada, ya que, aun siéndolo en los papeles, la función pública que cumplía la volvía la clase de propiedad no fetichizada como mercancía. Yo no entendía nada, pero me tranquilizaba, y en cierto modo me justificaba, que los dos se llevaran bien. Al atardecer salían a cazar perdices con escopetas.

Así como los trenes seguían pasando por el corazón de El Pensamiento, la vida también seguía, como lo había hecho siempre, lenta para algunos, rápida para otros. No había cambiado nada, aunque la intriga seguía en pie. La teníamos presente sobre todo cuando veíamos movimientos inusuales en la Estación; debían de haber hecho una denuncia en regla después de todo, porque la policía, en un jeep azul, hizo un par de apariciones. No mucho más que eso. Pero el Jefe tuvo que ir a Pringles a declarar, y aunque en otras circunstancias el trámite lo habría hecho sentir importante, volvió cabizbajo; se sospechó que lo habían reprendido por su falta de atención. Si lo habían hecho tenían razón, ya que lo único que tenía que hacer era ver pasar un tren por día. No podía pedírsele menos a ese órgano supremo del entendimiento humano que era la atención. Algún desubicado, creyendo llevarle consuelo, fue a hablarle mal de la Compañía, nido de miserables que hacían tanto escándalo por una locomotora, ¡con todas las que tenían! Ahí el Jefe tuvo que sobreponerse a su angustia íntima en nombre del honor profesional y pararle el carro: una locomotora no era poca cosa, no era una muela cariada, era el músculo imprescindible del cuerpo ferroviario. Cada una valía por todas, cada una era indispensable en la tabla de horarios de reemplazos y sustituciones, ¡si lo sabría él! (En realidad no, no lo sabía). Y no se trataba sólo de él. Su esposa lloriqueaba con las vecinas que iban a visitarla ávidas de noticias. Desasosegada, traicionada por una rutina que se había mantenido inalterada durante tantos años sólo para hacer más dolorosa su interrupción, veía a su pobre marido, funcionario ejemplar, con una foja de servicios inmaculada, sometido a interrogatorios humillantes que no conducían

a nada.

–¡Si al menos yo hubiera podido darle hijos!

No se necesitaba tanto para recordarnos el tema. Un silbo que viniera de los lejanos terraplenes de Lartigau bastaba. El caso misterioso seguía su curso, por debajo de los días. Era como vivir dentro de una historia. Me sentía con la experiencia suficiente para poder afirmarlo. Cuando meses atrás había llegado el preceptor, se había iniciado una historia. En un medio que había mantenido su estabilidad desde mi nacimiento, se introducía un elemento ajeno, que le ponía una fecha, un comienzo, a algo que no se sabía cómo podía terminar. Por ejemplo, por adivinación de las novelas del Romanticismo alemán que yo leería de grande, podía suceder que el preceptor se enamorara de mamá, que mi tía soltera se enamorara de él, que se tejiera la telaraña pasional de las relaciones suspendidas. En los hechos, el preceptor, que era apenas un adolescente tardío, sin salir del todo de las placentas del crecimiento, resultó un elemento de realismo nada más. Aunque esa discreción, ese borramiento, también podía ser un ardid del relato para llevarlo en otra dirección, que podía ser la del monstruo oculto bajo esa apariencia del tímido insignificante, que nos haría bajar la guardia y cuando menos lo esperáramos nos mataría a todos.

Con la locomotora lo que pasaba era lo contrario: no una aparición sino una desaparición. Pero, por opuestos que fueran, equivalían a lo mismo, porque el hueco que dejaba el elemento faltante actuaba como un elemento más, uno nuevo, que redistribuía pesos, importancias y relaciones. Por lo pronto, nos había puesto en la mente la imagen de una locomotora, y esa imagen desplazaba a otras, las movilizaba, las ponía en el camino misterioso de una historia.

Tenía algo de alarmante. Porque esa historia, si cumplía con el destino de toda historia, se terminaría. ¿Y podríamos vivir sin una historia, ahora que habíamos probado su sabor fuerte? Sin una historia que habitar, la vida podía volverse gris, desabrida. Y si le perdíamos el gusto, el mundo mismo se volvería transparente, no podríamos aferrarlo y nos quedaríamos sin nada. Me estremecí de sólo pensarlo, pero después encontré razones para verlo de otra manera, y

ahí también mi experiencia, aun limitada, me daba argumentos: quizás siempre habíamos estado, y seguíamos, transcurriendo en el seno de alguna historia, no tan proclamada como ésta, historias tácitas, sin policías ni ladrones, historias silenciosas que ni siquiera parecieran historias y sólo mucho después se revelaran como tales. Si era así, había habido miles, no sólo miles en el transcurso de una vida sino miles cada día, cada hora. Era un vértigo de líneas encontradas, una perspectiva: estar siempre montados en sucesos emocionantes sin saberlo, creyendo que marcábamos el paso en un camino sin accidentes.

Las visitas ocasionales, de funcionarios y policías, se fueron espaciando. En casa decían que se estarían resignando a no encontrar nunca a su preciosa locomotora. A nosotros no nos importaba que hubiera una menos: había otras, seguían pasando todos los días, nos asomábamos a mirarlas arrastrar los vagones henchidos de granos, y allí estaban, aparecían y desaparecían del breve escenario que les concedíamos, todas iguales, intercambiables. ¿O era una sola? Nunca habíamos visto dos al mismo tiempo. Sí, se olvidarían, quizás ya habían renunciado a buscarla. Papá lo dudaba, decía que insistirían, al menos hasta llegar a un acuerdo que les conviniera a todos. Según él no podía tratarse sino de «un trabajo interno» llevado a cabo por empleados, quizás de alto nivel, quizás por el Directorio mismo de la Compañía. De ahí que viera con sorna los laboriosos viajes al pueblo, y los interrogatorios al Jefe de la Estación: una comedia.

Mientras tanto, el año se comía a sí mismo. Agosto. Era como un desenlace. Hubo una nevada más y mi abuelo, en la casa vecina, después de hacerme el consabido muñeco de nieve anunció que sería el último. Faltaban sólo las inevitables tormentas de viento y lluvia y después el cielo se limpiaría para siempre. Significaba, entre otras cosas, que se acercaba el fin de nuestro último año en El Pensamiento. Papá pasaba más tiempo en Pringles, acelerando la apertura de sus almacenes y depósitos, y la construcción de la casa en la que viviríamos. Pero también se movía mucho en El Pensamiento, donde sus intereses alcanzaban a casi todas las familias.

A veces yo lo acompañaba, desoyendo las advertencias de mamá,

que le temía al Packard. Me montaba en él con cierta aprensión, pero sabía que tarde o temprano debería subirme a éste y a muchos otros automóviles, así que más me valía irme acostumbrando. Recuerdo las visitas que papá le hacía, al otro lado de la vía, al mecánico, que era sordomudo. Me daba un poco de miedo, me quedaba en el auto, los miraba a través de la ventanilla cerrada, no oía lo que se decían; claro que el sordo no decía nada, pero aun así por lo que veía la conversación era animada, quizás parecía más animada de lo que era por la gesticulación. Cuando nos íbamos papá siempre comentaba admirado la capacidad de ese hombre para sobreponerse a su problema de audición. ¡Entiende todo!, decía. ¡Todo! Yo le preguntaba cómo hacía. Era inexplicable, pero, insistía, ¡entiende todo! Lo que sí, agregaba, era una pena que no hubiera aprendido a hablar. Ante mi perplejidad, me explicaba que nadie nacía mudo: uno se hacía mudo por falta de oído, porque sordo sí se nacía, y al no oír no aprendía, ya que se aprendía imitando, todos lo hacían así, yo también había aprendido a hablar imitando a los grandes. El sordo dejaba sin uso las cuerdas vocales, que se momificaban dentro de la garganta como un pequeño acordeón de cartulina.

¿Y el preceptor, a todo esto? Los acontecimientos le habían hecho perder protagonismo, pero seguía ahí. Y seguía ahí más que antes. Al pasar a segundo plano dejaba de ser una anomalía, se integraba a la realidad de El Pensamiento, una realidad que a su vez se volvía más real al enfrentarse al misterio no resuelto de la locomotora. En medio de estos realismos que me envolvían como un torbellino, yo pulía mi educación como una perfecta irrealidad.

Había empezado a adivinar que cuando fuera grande sería un gran lector. Libro tras libro, todos los que se pusieran a mi alcance, serían presa de mi voracidad, no tendría tiempo para nada más. No quería que hubiera nada más, y los libros eran el auxiliar ideal para huir del mundo amenazante. En El Pensamiento no había casi libros, pero en un año estaría en Pringles, donde sí los había. Y cuando terminara de leer todos los libros de Pringles me iría a una ciudad más grande, y a otra y otra más, y la sed de libros me llevaría por el mundo.

En algún punto de esta odisea lectora, más pronto que tarde, caería sobre las novelas del Romanticismo y me encontraría con la figura recurrente del preceptor. Pero entonces tendría la perspectiva histórica necesaria para saber que los preceptores habían sido recurrentes doscientos años atrás, y para traer al presente una cantidad de años tan abultada se necesitaría mucho dinero y una posición social no precisamente como la de un almacenero de campo, por más próspero que fuera. Y sin embargo el hecho estaba firmemente implantado en mi mente, que no tenía doscientos años de vida. No tendría a quien contárselo porque no me creerían, sería la típica fabulación autobiográfica que su inventor llega a creerse.

Estas condiciones literarias le daban un color de irrealidad a mi

presente, como si se pudiera ver a través de las cosas, y todo se preparara a conservarse en imágenes sin cuerpo. Creo que ahí estuvo el desvío que hizo que mi educación quedara incompleta.

Dije que con el tiempo y la experiencia adquirí una perspectiva. Es cierto, pero dije que fue una perspectiva histórica, o sea que usé la palabra como metáfora. Lo mismo ahora, si digo que el anacronismo es una cuestión de perspectiva. Podría hacer muchas frases más por el estilo. Pero la perspectiva en su sentido literal nunca la adquirí. Y eso que el preceptor, que no ponía ningún empeño en enseñarme nada, en este punto hizo una excepción.

Su insistencia en la perspectiva se debía a que le daba la mayor importancia al dibujo, al punto de afirmar que el verdadero aprendizaje era el del dibujo, no el de la lectoescritura. Ésta se adquiría de una vez, y listo. Salvo algún pulido de ortografía o puntuación, una vez que se la tenía ya no había nada más que hacer. Era como encender un motor: una vez en marcha seguiría funcionando igual hasta que se apagara; en el caso de la lectoescritura, hasta que su agente se muriera, o perdiera capacidades cognitivas como en la demencia senil. En contraste con un aprendizaje tan mecánico y limitado, al dibujo se lo seguía aprendiendo siempre porque no se agotaba en veintiocho letras sino en las infinitas formas del mundo.

El planteo equivalía a un programa para toda la vida, sin garantía de llegar a nada, sobre todo para alguien tan poco dotado para las artes plásticas como yo. Mis intentos de reproducir en el papel el más simple de los objetos fracasaba sin esperanzas. Aun algo de geometría tan rudimentaria como una mesa daba por resultado un ovillo de líneas que se parecía más a un cangrejo que a una mesa.

Que saliera bien o mal no tenía ninguna importancia, afirmaba el preceptor. Justamente ahí residía la superioridad del dibujo respecto no sólo de la escritura sino de todas las artes. En el dibujo lo que contaba era el «qué», mientras que el «cómo» quedaba relegado a un segundo plano o directamente se anulaba. Ahí estaba su ventaja, porque ese insidioso «cómo» era el que le sacaba canas verdes a los músicos, a los poetas, a los pintores, desgastándolos en una guerra perdida de antemano con la forma y con el artero doble fondo de la

forma, la belleza. En el dibujo importaba qué se dibujaba, no cómo se lo hacía y cómo quedaba. Bastaba con encontrar el objeto, que podía ser cualquier objeto, o sea que siempre había uno a mano, y el noventa por ciento del dibujo ya estaba hecho. Por eso era el arte que practicaban de preferencia los niños, que no han entrado todavía en la letal carrera de competencia por las calidades o evaluaciones, y en su inocencia no saben nada de mejor y peor. El «qué» en cambio en ellos está vigente y en primer plano, ya que están descubriendo el mundo y sus objetos.

¿Habrá dicho eso realmente? ¿O yo oí mal? Dudo, porque si bien más de una vez dio pruebas de que sabía pensar, no era de poner el pensamiento en palabras. En eso, a pesar de sus alardes de cosmopolita, mostraría ser de pueblo chico, donde el hábito y el conocimiento de todos por todos establecía una suerte de telepatía por cansancio y hacía inútil el uso de la palabra. ¿Para qué decir algo que el otro ya sabía? Quizás en este caso habló por creer que yo no lo sabía.

Como sea, se contradijo, siquiera parcialmente, cuando trató de enseñarme la perspectiva, que, o entendí mal lo anterior, o era parte del «cómo» del arte del dibujo. O tal vez seguía siendo el «qué». No importa. De cualquier modo, no logró meterme en la cabeza ni lo más básico de la materia. Yo me empeñaba en dibujar como un salvaje. Cuando me mostraba cómo cambiaba un dibujo obedeciendo a un punto de fuga, yo encontraba el resultado mecánico, sin la transposición de las superficies que hacía interesante una imagen.

Debo de haberle comunicado de algún modo esa sensación de artificialidad que me producía la perspectiva aplicada, porque me dijo que, lejos de ser un truco de dibujantes, la perspectiva era un hecho de la realidad. Y como yo me mostrara incrédulo se dio a la ejemplificación. No necesitaba ir muy lejos. Los laterales de la mesa en la que estábamos trabajando, vistos desde la cabecera con los ojos al ras, apoyando la nariz en el borde, ¿no se juntaban en el más allá? No. ¿Cómo que no? ¿Acaso yo no tenía la poca imaginación que se necesitaba para ver lo infinitamente lejano?

Creo que a pesar de mi corta edad tuve un vislumbre del enorme

poder que se podía adquirir siendo estúpido. Sólo con seguir sin entender, obligaba al preceptor a seguir mostrándome las baldosas del piso, las vigas del techo, toda clase de líneas paralelas, desesperándose por hacerme entender algo que yo me rehusaba a entender, y mi sensación de dominio, de tenerlo en mis manos, se escondía detrás de ese gesto de idiotez blanca del que los niños tienen el secreto.

Los ejemplos se le terminaron pronto, al menos los más evidentes, porque de los otros seguía habiendo innumerables, ya que la perspectiva estaba en todo. Pensó, correctamente, que afuera, al aire libre, en las grandes extensiones del campo, se me haría más comprensible esa materia huidiza. Claro que había que salir, no se podía hacer por la ventana. Habíamos interrumpido los paseos higiénicos por causa del mal tiempo invernal, y ese día con temperatura bajo cero y vientos encontrados no era probable que mamá autorizara una salida. Pero tanto era el afán del preceptor que me propuso que nos escapáramos por el almacén. Eso sí, se cuidó de hacerme poner mi gabán con forro de vellón de corderito.

El exterior no respondió de inmediato a sus expectativas. Tardó en revelar su tesoro. Las perspectivas estaban ahí, en los pastizales, en la copa de los árboles, en las colinas, en los horizontes, holladas por las ovejas y recorridas a tranco cansino por caballadas desparejas, pero nadie había trazado las líneas, o las había borrado el viento. Yo observaba con ojo crítico los patéticos intentos del preceptor por encontrar aquí y allá un punto de fuga, un vector, mendigándole al parco paisaje del pueblo una migaja de óptica convergente. El cielo no ayudaba, con sus nubarrones chocándose con furia. El frío cortaba, hasta el canto de los pavos sonaba helado. Yo seguía las evoluciones de su mirada, a los techos de una casa, a las ventanas de otra, pero ¿qué perspectiva iba a encontrar ahí? La calle era curva y, por lo poco que yo había captado del tema, las líneas tenían que ser rectas, eso la perspectiva no lo negociaba.

Habíamos caminado en el sentido de las agujas del reloj, bamboleándonos entre las ráfagas, y al llegar al punto donde en el cuadrante del reloj se encontraría el siete, quedó a la vista la fachada blanca de la escuelita, con su techo a dos aguas. Se aferró a ella como

a un clavo ardiente. Quizás ahí se escondía, a la vista, lo que buscaba. Por supuesto que estaba equivocado. ¿Qué perspectiva podía haber en una pared mal encalada, con una puerta y dos ventanas? No era imposible, pensé, que sin saberlo le estuviera pidiendo auxilio a la mujer que vivía detrás de esa fachada.

Fuera ella, o la nada, o el espíritu mismo de El Pensamiento, el ejemplo cayó del cielo, o brotó de la tierra, en ese momento. Porque para acercarnos a la escuelita debíamos cruzar las vías, y ahí estuvo, a nuestros pies, el diagrama, hecho realidad, si no de la perspectiva propiamente dicha, de algo que la representaba con bastante claridad. Después de comprobar que no venía ningún tren, por pura fórmula porque el tren pasaba sólo una vez por día y se hacía oír de lejos, me hizo subir a las vías y mirar hacia donde se alejaban. ¿Las veía unirse a lo lejos? Estuve tentado a decirle que no, como me lo sugería la intuición geométrica. Antes, empero, quise comprobar. Me había parado sobre un durmiente, justo en la mitad, y al ser las vías de trocha ancha dejaban un buen espacio a mi derecha e izquierda. Pero mirando hacia donde se alejaban vi que era cierto: el espacio entre una vía y la otra se estrechaba ominosamente. Se lo dije al preceptor y me respondió que si mi vista llegara lo bastante lejos las vería… ¡tocarse! Eso ya era alarmante. ¿Cómo haría el tren para circular, con las vías pegadas una a la otra? Se hacía forzoso el descarrilamiento. Típico de mi crianza en un régimen ferroviario, preocuparme sinceramente por un problema que pudiera afectar el servicio. Cualquier otro nacido en El Pensamiento habría reaccionado igual: todo lo que le pasaba al tren nos afectaba.

Aunque ajeno a estos resquemores, por extranjero, el preceptor supo tranquilizarme: las vías se unían a lo lejos, pero a medida que uno avanzaba hacia esa lejanía se iban abriendo, serviciales y comprensivas, y al llegar a Lejos estaban exactamente como habían estado en Cerca. Fue una iluminación. Comprendí qué maravilla era la perspectiva, qué don divino se le había hecho al hombre al permitirle vivir cómodo entre las líneas que ella nos abriría siempre, fuéramos adonde fuéramos. Le dije al preceptor que me gustaría experimentar ese prodigio, caminando por la vía hasta Las Mostazas. Dijo que no,

que estaba demasiado lejos. Por mi parte, no era pura bravuconada: también tenía por objeto mostrarle que sabía adónde se iba por ese lado (por el otro, a Pillahuinco).

Volvimos muy satisfechos. La salida había resultado ganànciosa para mi acopio de conocimientos, pero tuvo todavía un inesperado beneficio más, que indirectamente llevó a la resolución del misterio de la locomotora perdida. Y en ese desenlace pudimos ver que en el caso que había tenido en vilo al pueblo no había tanto misterio, ni delito, ni, mucho menos, nada sobrenatural. La explicación más simple resultó ser la verdadera. Eso pasa siempre y es algo incontrovertible, pero nuestro amor por la complicación siempre nos lo hace olvidar.

Al llegar de vuelta a casa, nos sorprendió mamá, que había salido a colgar las sábanas. Esperábamos una reprimenda, pero, lejos de enojarse, se mostró muy complacida por nuestro arrojo al salir. Ella había atravesado todas las estaciones de El Pensamiento con una salud de hierro, y al ver el saludable encendido de mi cara dijo que me haría bien tomar aire, vigorizar mediante la respiración de los cierzos que se colaban por la Ventana mi cuerpecito endeble. Nos alentó a repetir la excursión todos los días, hiciera el tiempo que hiciera. Sospecho que no sólo mi salud la motivaba, sino también sustraer al joven preceptor a las asiduidades de las sirvientas, que lo tenían por un caballerito exótico (en parte, lo era).

Sucedió en una de esas salidas heroicas, que habíamos encarado con espíritu deportivo. Sería la media tarde, o antes o después, no podría afirmarlo. En esos breves días la luz gris que bajaba del techo de nubes se estacionaba a la mañana y seguía igual hasta que se hacía de noche. Del Sol, de su lugar en el cielo, ni noticias, las nubes eran demasiado espesas, y sus protuberancias brillantes, cuando las tenían, estaban en cualquier lado y no daban pistas de la dirección de la luz. Luchando con los elementos, atentos a cada paso y cada momento como un tanto ganado, perdíamos la noción del tiempo. No debía de ser mucho, pero parecía un tiempo bien empleado, mejor que casi todos los otros del día. Además, nuestra relación se afirmaba, gracias a una igualación de emergencia. Se anulaban las diferencias, a los dos nos azotaba el mismo viento. Del pozo ciego de sabiduría del preceptor ya no tenía que seguir subiendo por las tuberías de la palabra la pedagogía que alimentaba mi cerebro en formación. No había nada que decir, y si lo hubiera habido habría sido difícil oírlo entre los silbidos roncos del viento. Éramos iguales ante la intemperie.

Ese día asustaba de tan frío y revuelto. Aunque quizás no más que los precedentes. No comparábamos. Nos complacíamos en los absolutos sucesivos. La fórmula con la que salíamos, nuestro Ábrete Sésamo de los tesoros del exterior, era «ahora o nunca», y nos internábamos en la esfera del Ahora, pero seguidos por la sombra del Nunca, sin la cual no habría sido tan real. El gris del cielo se acentuaba hasta el plateado blanco, de pura concentración congelante. Un viento cargado con los horizontes de los campos helados arrastraba gotitas de escarcha líquida que agujereaban todo a su paso, el pasto se sacudía de cuajo. Parecía como si hubiéramos entrado en la historia

del aire, en la época en que se agitaba buscando su forma definitiva, sin encontrarla. Quizás exagero, porque si hubiera sido para tanto no habríamos podido caminar como lo hacíamos, admirando el revoloteo de todo, de las cabezas desesperadas de los árboles, de un espejo oscuro que se daba vuelta con un resoplido. No se veía un alma, las casas estaban cerradas, la Estación dormía ovillada en la luz lívida, por debajo de la voz del viento se sentía el silencio. El frío contraía las formas, que recorríamos por sus contornos.

Cruzamos las vías y tomamos el camino de las chacras del otro lado, una dirección por la que no íbamos nunca, por desolada. Nadie andaba por ahí en invierno, no eran campos de pastoreo, los dejaban en barbecho hasta fin de año, cuando las lluvias. Haría un poco más larga nuestra excursión, pero era parte de la aventura hollar tierra desconocida, siempre que no hubiera mucho barro. Además, este costado del pueblo tenía la ventaja del terraplén alto del tren, que nos daría algo de reparo.

Con la salud por delante, tomado por momentos del faldón del preceptor, por el temor totalmente infundado, pero parte de la fantasía sin la cual no habría dado un paso, de que el viento me arrastrara quién sabe adónde, yo iba entrecerrando los ojos, las pestañas revoloteando como locas delante de las pupilas, las malvas con los cardos bailando la mazurca del estrellamiento, y el cielo arriba. Mi educación me venía siguiendo, como el perro necesitado de caricias que nadie tiene tiempo ni ganas de darle.

Algunos hechos deberían haberme alertado de la posibilidad de que pasara algo fuera de lo común. El primero lo produje yo mismo. El preceptor, que a cada paso se estaba sacando los anteojos y frotando los cristales con el pañuelo, pues su vista no parecía soportar la más mínima gota interponiéndose entre su ojo y el paisaje, sugirió que deberíamos volver. Lo acompañó con una mirada a lo alto, donde los nubarrones de acero parecían darle la razón. Le dije que siguiéramos un poco más. Esto era sumamente excepcional. Yo nunca emitía opiniones que contradijeran las de los adultos, mi política era aceptar y que los otros cargaran con las consecuencias de sus dichos. ¿Por qué fue distinto esta vez? No habría que descartar la intuición, menos

fantástica que la adivinación pero igualmente recostada en el futuro.

La amenaza de lluvia era para tomar en cuenta (aunque al fin de cuentas no llovió). Debía de estar lloviendo en otro lado y el viento traía gotas pulverizadas, a través de las cuales los pajonales adquirían vida. Una colonia de cuises huyó frente a nosotros. Las cortaderas, animadas por la presión, se erizaban como búhos blancos. El canto agudo de un pájaro, tan fuera de lugar en ese revoltijo crepuscular de los elementos, nos indicó la presencia de árboles. Eran los que habían plantado los primeros pobladores para marcar el límite de los terrenos del ferrocarril. Se habían multiplicado solos, y como al otro lado corría el pequeño Napostá, con sus vados cenagosos, nadie visitaba el paraje.

Acordamos ir hasta la tranquera de Vanoli, y volver desde allí. Pero, antes de llegar, un estertor que se hacía oír aun a través de los clamores del viento nos hizo cambiar el plan. La curiosidad pudo más que el temor ante lo desconocido (que no resultó tal, ni mucho menos). Al trasponer la barrera de árboles los cañadones se abrían en un abanico torcido a nuestros pies. El ruido, que al acercarnos se definía entre el rugido de la fricción de masas de piedra y el gemido de las vacas al morir, venía de un bajo del que no veíamos el fondo. Ya que estábamos, no nos iríamos sin echar un vistazo, por lo que bordeamos el tálamo hasta que quedó ante nuestros ojos, abiertos como platos de loza por la sorpresa… la locomotora perdida. Estaba echada de costado, allí descontextualizada su tamaño se veía enorme, sus toneladas incontables aplastando las totoras y las cañas silvestres, como muerta. O más bien como una enferma. Esto último se deducía de sus estertores de vapor exhausto y de unos movimientos convulsivos que la sacudían entera a intervalos regulares. Pero no era enfermedad. El preceptor, aunque desprovisto de experiencia rural, lo comprendió antes que yo, y me señaló un punto en la parte inferior trasera de la locomotora yacente, donde confluían los estremecimientos, una gran válvula oscura de la que asomaba algo. No necesité más para saber que estaba dando a luz. No sabía que las locomotoras podían hacerlo, pero estaba ante una evidencia que me rompía los ojos. Nada que no fuera el saber instintivo de la

maternidad podría haberle hecho torcer sus hierros negros como lo hacía, en un esfuerzo supremo por parir. Lo que empezaba a aparecer entre las ruedas traseras era la pequeña locomotora que algún día la reemplazaría. El proceso debía de llevar varios días, qué digo días: semanas, y probablemente se prolongaría un buen tiempo más. No debía de ser nada fácil. Si no era fácil para los seres orgánicos, de carnes flexibles y mucosas lubricadas, mucho menos iba a serlo para una máquina puro metal en ángulos rectos.

El espectáculo no era del todo nuevo para mí. Sabía del sufrimiento que comportaba. Había visto parir a las gallinas, echadas con las patas al aire, los pollitos extrayéndose a sacudones del entramado de plumas de la madre. El cloqueo tan consabido de la gallina, la alegría de las mañanas, sin cambiar un ápice su timbre y articulación se volvía la más cabal rendición del dolor. También era doloroso verlo. Al cabo de un segundo, yo apartaba la vista. Sabía que era importante que viera esas expresiones de la vida, eran cosas que no se podían ni debían ignorar, pero al mismo tiempo, como todas las visiones marcadas por lo excepcional, podían reproducirse amenazantes en el sueño y el insomnio. Tomé similares precauciones con todas las imágenes que pudieran perturbarme. No sé cómo pudieron persistir, y volver como han vuelto. Quizás lo hicieron por eso mismo, por verlas apenas un segundo y cerrar los ojos, creyendo que así las veía menos. Era todo lo contrario: es con la visión prolongada que las cosas terminan borrándose.

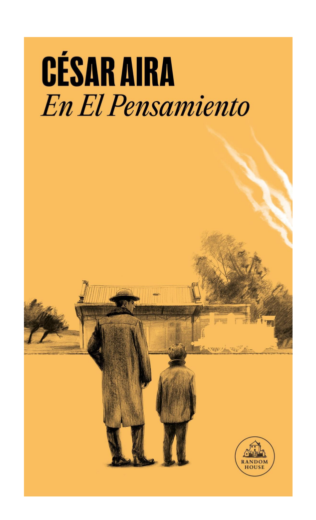
Los vagidos roncos de la locomotora se apagaban tras el eco de los primeros truenos que subían del horizonte anunciando la noche. El cielo abría sus bisagras más oscuras. En las sombras crecientes seguía sonando el chirrido escalofriante de las masas de acero luchando por dar paso a la nueva vida. Y quién sabe cuánto tiempo más seguiría, cuánto sufrimiento exigiría. Los que viajaban cómodamente sentados en los vagones pullman, o tomando la sopa de una gran sopera de peltre en el vagón comedor, yendo de vacaciones, mirando el paisaje por la ventanilla, no sabían cuánto dolor había costado eso, como no lo sabía el ganadero que metía a presión sus novillos en el vagón jaula y se embolsaba alegremente la ganancia (después del pago de los

impuestos). El detrás de escena del ferrocarril, que se nos había revelado en ese crepúsculo revuelto, era horrísono, pero se fundía en un sentimiento de piedad y ternura, una apelación a la infancia, con esa pequeña locomotora naciente de la que apenas había asomado la manguera de freno del ténder, o sea que faltaba mucho todavía. No quería pensar lo que sería cuando llegara a las ruedas tractoras, a los pistones, a pesar de la profusión de grasa negra que estaba segregando la parturienta, en un vano intento de lubricar los cojinetes. Se había aislado, con el pudor ancestral de la actividad reproductiva, sin buscar ayuda, que no habría encontrado. Los hombres del ferrocarril no sabrían ni por dónde empezar; en aquella época los hombres jamás entraban a la sala de partos; y una mujer lo ignoraría todo de la mecánica de las grandes máquinas. Condenada a hacerlo sola, se había retirado a esos escondidos lodazales a elaborar el trabajo del alumbramiento. Los dolores debían de ser tremendos, y seguramente se contenía de gritar con todo el poder de sus bocinas de niebla para no ser descubierta y que los vecinos acudieran en tropel a satisfacer una curiosidad incalificable.

Nos retiramos en silencio, no necesitamos palabras para saber que los dos guardaríamos el secreto de su paradero, hasta que ella decidiera volver con su cría. Supe que lo que había visto marcaría mi vida. Un intenso esfuerzo inconsciente de represión me lo haría olvidar. Pero alguna vez volvería, nítido y en todos sus detalles como el ojo de un insecto en la platina de un microscopio, y entonces tendría que contarlo, aunque no me creyeran.

*3 de diciembre de 2020*

**La nueva novela de César Aira, «uno de los novelistas más provocativos e idiosincrásicos de la literatura en lengua española».**
***The New York Times***




En un lugar remoto de La Pampa argentina se encuentra El Pensamiento: un par de calles y un puñado de casas construidas alrededor de una estación ferroviaria. Dejándose llevar por los recuerdos hasta ahora olvidados, el narrador de esta historia evoca el último año que vivió en esta diminuta localidad, con siete años y justo antes de mudarse a la ciudad de Coronel Pringles con su familia. Criado en un ambiente rural, entre sirvientas, una madre tierna y un patriarca que poco a poco ha ido comprando el pueblo entero, su último año estuvo marcado por dos sucesos memorables que hicieron tambalearse la idílica paz rural de los vecinos: la llegada de un preceptor venido de la ciudad para hacerse cargo de la educación del narrador y el misterioso incidente con una locomotora desaparecida.

Entre personajes que parecen sacados de una novela decimonónica, guiños proustianos y estampas pampeanas de una Argentina que quiere abrazar el progreso y el orden, Aira construye una novela de

iniciación que muta y nunca es lo que aparenta ser, pero que despliega de nuevo el gran talento, el desbordante imaginario y la originalidad radical que caracterizan la obra de uno de los grandes autores de nuestro tiempo.

**Sobre el autor y su obra la crítica ha dicho:**

«¿Qué podemos esperar de una obra de César Aira? Cualquier cosa: un artefacto ingenioso e impredecible, una miniatura narrativa que renueva, una y otra vez, la literatura».
**Juan Pablo Villalobos**

«El modo en que Aira recoge el guante de las convenciones narrativas y las diluye en un cruce de ejes con la naturaleza entrópica de la vida es maravilloso».
**Nadal Suau, *El Cultural***

«César Aira no es solo uno de los más destacables escritores argentinos de la actualidad: es también uno de los autores más originales, más chocantes, más inteligentes y divertidos de la narrativa contemporánea en lengua española».
**Ignacio Echevarría**

«En la literatura argentina, Aira goza del raro privilegio de crear belleza, a la manera de Oscar Wilde o de Fellini. Fabricar objetos exóticos, que una vez en el aire se tornan necesarios e inevitables».
**Leonardo Moledo, *Clarín***

«Si Marcel Duchamp puso patas arriba la institución Arte, no es exagerado decir que cada nuevo libro de César Aira hace lo propio con la Literatura, a veces con herramientas afines: la parodia, la desviación y el azar».
**Carlos Pardo, *Babelia***

«Las historias de Aira parecen fragmentos de un infinito e interconectado universo en constante expansión».
**Patti Smith**

«César Aira es uno de los novelistas más provocativos e idiosincrásicos de la literatura en lengua española. No hay que perdérselo».
**Natasha Wimmer, *The New York Times***

«Leer a César Aira es siempre una experiencia sorprendente, aunque debe advertirse que su ficción despliega un mundo tan reconocible como original».
**Arturo García Ramos, *ABC***

**César Aira** nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires dedicado a la traducción y a la escritura. Su obra ha sido publicada profusamente en Hispanoamérica, ampliamente galardonada con premios como el Roger Caillois (2014) y el Formentor (2021), entre otros, y traducida a más de veinte idiomas. Con *El santo*, Random House inauguró la Biblioteca con su nombre, donde se recuperan algunos de sus mejores títulos: *Ema, la cautiva*, *Cómo me hice monja*, *La mendiga*, *Cumpleaños*, *El mago*, *Canto castrato*, *Las noches de Flores*, *Un episodio en la vida del pintor viajero*, *Parménides*, *Las curas milagrosas del Doctor Aira*, *Las aventuras de Barbaverde*, *El error*, *El congreso de literatura*, *Los fantasmas*, *El cerebro musical*, *Sobre el arte contemporáneo / En La Habana*, *Evasión y otros ensayos*, *Prins*, *Fulgentius*, *Diez novelas de César Aira*, *La ola que lee* y *El jardinero, el escultor y el fugitivo*.



Primera edición: mayo de 2024


Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Diego Mallo



ISBN: 978-84-397-4330-9

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**penguinlibros.club**






# Índice